G. BAGATURIA
G. ARDAIEV

"el capital" de marx y el capitalismo

48

JUAN GRIJALBO EDITOR

colección 70

COLECCION 70

LIBROS PUBLICADOS

1.—**Revolución y contrarrevolución**, Carlos Marx

2.—**La formación de los intelectuales**, Antonio Gramsci

3.—**La libertad en el arte**, Honor Arundel

4.—**Los grupos y el poder político en los Estados Unidos**, León Dion

5.—**Revolución en filosofía**, Howard Selsam

6.—**¿Es el comunismo una nueva etapa?**, Jacob M. Budish

7.—**Los Estados Unidos y América Latina**, Herbert Matthews

8.—**Materialismo militante**, Jorge Plejánov

9.—**Guerrillas y contraguerrillas**, William J. Pomeroy

10.—**Reforma o revolución**, Rosa Luxemburgo

11.—**Teorías económicas burguesas del siglo XX**, S. M. Firsoba-V. F. Tsaga

12.—**La CIA y el movimiento obrero**, George Morris

13.—**El comunismo**, L. Kniazeba

14.—**¿Qué es la filosofía?**, Howard Selsam

15.—**Clases y lucha de clases**, G. Glezerman-V. Smenov

16.—**El camino del poder**, Karl Kautsky

17.—**El mecanismo de la vida**, Alejandro Popovsky

[*pasa a la segunda solapa*]

"EL CAPITAL" DE MARX
y EL CAPITALISMO

G. Bagaturia-G. Ardaiev

"EL CAPITAL" DE MARX y EL CAPITALISMO

Versión al español de
María Luisa Urondo

Fundación Isidoro Acevedo
OVIEDO

EDITORIAL GRIJALBO, S. A.
MÉXICO, D. F., 1968

R. 3257

COLECCION 70

"EL CAPITAL" DE MARX y EL CAPITALISMO

Título de la obra original en ruso:

"EL CAPITAL" DE MARX y EL CAPITALISMO

Versión al español de María Luisa Urondo, de la edición rusa de Editorial Nauka, Moscú, 1967.

© 1967, Editorial Nauka, Moscú.

D. R. ©, 1968, sobre la versión española por Editorial Grijalbo, S. A., Avenida de las Granjas, 82, México 16, D. F.

PRIMERA EDICION

Reservados todos los derechos. Este libro no puede ser reproducido, en todo o en parte, en forma alguna, sin permiso.

IMPRESO EN MEXICO

PRINTED IN MEXICO

INDICE

Pág.

"El Capital" de Marx 7

Historia de la creación de "El Capital" 11

Contenido económico de "El Capital" 17

La teoría del materialismo histórico en "El Capital" 29

Problemas del comunismo científico en "El Capital" 41

La lógica de "El Capital" 51

Los problemas de la estética en "El Capital" 69

Bibliografía 77

El capitalismo 79

Aparición del capitalismo 83

El capitalismo premonopolista 87

El capitalismo monopolista 97

El capitalismo y la cultura burguesa 119

1 Contradicciones de la cultura burguesa 121

2 Formas de conciencia correspondientes al modo capitalista de producción 124

3 La época de auge de la cultura burguesa 128

4 Cultura nacional, liberalismo y democracia 133

Bibliografía 158

G. Bagaturia y otros

"El capital" de Marx

"El Capital" es la obra fundamental de Marx. En este trabajo se revelan las leyes económicas del movimiento del capitalismo, demostrándose la inevitabilidad de su fin y de la victoria de la revolución socialista. Lenin se refirió a El Capital *como a "...la más grandiosa obra político-económica de nuestra época..." Al mismo tiempo,* "El Capital" *es una extraordinaria investigación filosófica e histórica. "Desde que en la tierra existen capitalistas y obreros —escribió Engels— no apareció un sólo libro que tuviera tal significación para los obreros..."*

En vida de Marx y Engels (de 1867 a 1895), El Capital *se editó en nueve idiomas. La traducción rusa fue la primera de las traducciones de los tres libros de* El Capital *a un idioma extranjero (1872, 1885, 1896, respectivamente). Actualmente (según datos de 1 de enero de 1962)* El Capital *ha sido editado en cuarenta idiomas. En la URSS,* El Capital *se ha publicado en diez y seis lenguas, con una tirada total de 5.819.000 ejemplares.* El Capital *se ha editado en ochenta ciudades de todo el mundo.*

Historia de la creación de "El capital"

Marx dedicó cuarenta años de su vida —desde 1843 hasta 1883— a la creación de su teoría económica. Consideraba que este trabajo era su más importante deber de militante ante la clase obrera y su vanguardia comunista. En una carta a Joseph Weydemeyer, Marx escribía: "Yo espero conseguir para nuestro Partido una victoria científica."

Ya en los trabajos de los años cuarenta del siglo pasado —*Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, *Miseria de la filosofía* (1847), *Trabajo asalariado y capital* (1849), *Discurso sobre la libertad de comercio* (1848), *Manifiesto comunista* (1848)— Marx y Engels pusieron los cimientos del análisis teórico de la anatomía de la sociedad burguesa, de los antagonismos de clase que le son inherentes; descubrieron la inevitabilidad de las crisis periódicas, las cuales expresan el carácter irreductible de las contradicciones del capitalismo. En otros trabajos se examinan aspectos sumamente importantes de la producción capitalista.

En los años cincuenta, cuando se trasladó a Londres después de la derrota de la revolución de 1848-49, Marx puso los cimientos de su teoría de la plusvalía. En 1857-58 redactó un extenso manuscrito económico, publicado en 1939-41, en el idioma original, por el Instituto de marxismo-leninismo adjunto al CC del PCUS, bajo el título *Elementos fundamentales de la crítica de la econo-*

mía política (borrador). Aquí Marx investigaba, por primera vez, el doble carácter del trabajo, la fuerza de trabajo en tanto que mercancía, el capital constante y el capital variable, y explicaba científicamente el origen de la plusvalía. Los manuscritos económicos de 1857-58 representan una primera variante de *El Capital*. En 1859 Marx publicó la *Contribución a la crítica de la economía política*, en calidad de primer fascículo de su obra fundamental.

Continuando el trabajo sobre los siguientes fascículos de *Contribución a la crítica de la economía política*, Marx escribió el manuscrito de los años 1861-63. En él se elaboran problemas que corresponden al contenido de los tres libros de *El Capital*, y en la parte restante Marx somete a detallado análisis crítico la historia de las teorías de la plusvalía. Por consiguiente, el manuscrito económico de 1861-63 es el primer esbozo sistemáticamente elaborado de los cuatro libros de *El Capital*. La idea de dividir todo el trabajo en cuatro libros, bajo el título general de *El Capital*, fue perfilándose poco a poco en Marx durante el proceso de su labor sobre ese manuscrito.

En el transcurso de 1863-65, Marx escribió de nuevo el texto del primer libro y parte importante del texto de los dos libros siguientes. En 1866 pasó a la preparación directa para la imprenta del primer libro, el cual vio la luz en septiembre de 1867. En los años posteriores siguió trabajando sobre los restantes libros de *El Capital*. Preparó la segunda edición alemana del primer libro (1872) y revisó la traducción francesa del mismo (la versión francesa se publicó en fascículos sucesivos en 1872-75). Marx no logró preparar para la imprenta los libros segundo y tercero. Después de la muerte de Marx, Engels trabajó intensamente para llevar al cabo esa

tarea. El segundo libro se publicó en 1885 y el tercero en 1894. Engels preparó también la tercera y cuarta ediciones alemanas del primer libro (1883 y 1890) y revisó la traducción inglesa del primer libro (la edición inglesa apareció en 1886); Engels preparó, asimismo, la segunda edición alemana del segundo libro (1893).

Refiriéndose a los libros segundo y tercero de *El Capital*, Lenin escribió: "...Estos dos libros de *El Capital* son trabajo de los dos: de Marx y de Engels... Engels levantó a su genial amigo un monumento grandioso, en el que involuntariamente grabó su propio nombre con trazos indelebles". En su correspondencia de 1883-95 Engels se refiere constantemente a su intención de editar *Teorías de la plusvalía* como libro final de *El Capital*, pero la muerte se lo impidió. *Teorías de la plusvalía* fue publicada por primera vez, por Kautsky, en 1905-10. Kautsky se permitió redistribuciones arbitrarias del texto y reducciones importantes del mismo. La primera edición científica, completa, de *Teorías*, como cuarto libro de *El Capital*, fue llevada al cabo por el Instituto de marxismo-leninismo de la URSS en 1955-61.

Contenido económico de "El Capital"

Marx ofrece en *El Capital* —dijo Lenin— "...un modelo de análisis científico de una formación social —la más compleja— según el método materialista, modelo reconocido por todos y no superado por nadie". En el primer libro se investiga el proceso directo de la producción capitalista. Marx comienza su investigación con el análisis de la mercancía como célula económica de la sociedad burguesa. El intercambio de mercancías es el punto de partida que permite penetrar en la estructura de la producción mercantil y descubrir sus leyes. El análisis del movimiento de las mercancías demuestra que la mercancía es unidad de valor de uso y de valor. Habiendo descubierto que la doble naturaleza de la mercancía viene determinada por el doble carácter del trabajo, Marx investigó las formas del valor. Puso de manifiesto que el valor y la forma mercancía del producto del trabajo "...no son otra cosa que una relación social concreta establecida entre los mismos hombres...",* relación que es característica sólo para la producción de mercancías. Marx desentrañó esta relación analizando el proceso de trabajo en su conjunto. En la producción de mercancías el trabajo tiene al mismo tiempo un carácter privado y un carácter social. Por un lado, cada productor de mercancía realiza el proceso de su trabajo aisladamente del trabajo de otros productores. Por otro lado, el proceso de trabajo de cada productor de mercancías constituye un

* En estos trabajos, todos los encomillados que no aludan a otros autores se refieren a citas de obras de Carlos Marx.

eslabón del sistema de división social del trabajo. Globalmente, el proceso social de trabajo en la producción de mercancías se forma de procesos privados de trabajo, interrelacionados en el sistema de división social del trabajo. Esta foma del proceso social de trabajo es la que condiciona la relación valor.

Las premisas históricas del nacimiento del capital fueron "...la producción de mercancías y su circulación desarrollada, o sea, el comercio". Por eso la investigación de la producción de mercancías es condición necesaria del estudio del movimiento del capital. El análisis de la fórmula general del capital (D-M-D) muestra que el capital es un valor que se autoacrecienta. El proceso de autoacrecentamiento del valor encierra una contradicción: el valor no puede originarse en la circulación aunque se origina a través de la circulación. Esto testimonia que en la circulación del capital interviene una mercancía especial, poseedora de un valor de uso capaz de producir valor, y además un valor mayor que el de ella misma. Esta mercancía es la fuerza de trabajo. La utilización de la mercancía "fuerza de trabajo", ligada con el autocrecimiento del valor, es el proceso de producción capitalista.

Marx puso de manifiesto que la producción capitalista es, por un lado, un proceso de trabajo creador del valor de uso de la mercancía, y por otro es el proceso de acrecentamiento del valor. Gracias a la explicitación del doble carácter del trabajo, Marx puso al descubierto el diferente papel de las dos partes del capital en el proceso de su autoacrecentamiento: una parte encarnada en medios de producción y otra parte destinada a la compra de fuerza de trabajo.

Los medios de producción son condición necesaria de la creación del producto, y su valor se transfiere a la mercancía por el trabajo concreto del obrero. Esta parte

del capital no modifica su magnitud y se llama capital constante. La otra parte del capital, gastada en la compra de la fuerza de trabajo, se modifica en el proceso de la producción capitalista, y por eso se llama capital variable.

El obrero reproduce el valor de la fuerza de trabajo, más un excedente por encima de la magnitud del capital avanzado: la plusvalía. De la división del capital en constante y variable se desprendía que el dinero y la mercancía, condiciones de la producción, no son en sí mismos capital. El capital es una relación productiva específica de explotación, que toma la forma real de capital productivo, capital comercial y capital-dinero. Por consiguiente, el proceso de acrecentamiento del valor es una relación económica entre capitalistas y obreros asalariados en el proceso directo de la producción. El capitalista no realiza un trabajo: su función es el empleo del capital constante y el uso de la fuerza de trabajo asalariada para la producción de plusvalía. El capitalista funciona como portador del proceso de acrecentamiento del valor, es decir, es el sujeto de la producción capitalista. De esta manera Marx puso al descubierto que la diferencia entre la clase obrera y la clase capitalista consiste, ante todo, en el cumplimiento de esas dos funciones contradictorias entre sí, en el proceso inmediato de la producción.

Al mostrar el capital como una relación de explotación, la cual se expresa en forma de valor y crea plusvalía, Marx transformó la economía política del capitalismo en ciencia. Lenin calificó la teoría de la plusvalía de "...piedra angular de la teoría económica de Marx". El establecer la esencia del proceso de autoacrecentamiento del valor permitió a Marx analizar el proceso de la explotación no sólo en sus determinaciones cuantitativas, sino cualitativas. Mostró que el desarrollo de la produc-

ción capitalista, ligado al crecimiento de la productividad del trabajo, conduce al aumento del grado de explotación de los obreros asalariados.

Históricamente, la producción capitalista recorre tres etapas en su desarrollo: cooperación simple, manufactura y gran industria. Analizando esas etapas, Marx puso de relieve la diferencia cualitativa entre las fuerzas productivas del capitalismo y las de épocas precedentes. Mostró el carácter específico del proceso de trabajo, de la fuerza de trabajo y de los medios de producción en la producción capitalista. Bajo el capitalismo el proceso de trabajo tiene una forma social-combinada, es decir, representa la actividad conjunta de múltiples individuos en procesos de trabajo ligados entre sí. En el proceso del trabajo social-combinado el productor no es un obrero aislado, sino el obrero colectivo, combinado. Esto es, el conjunto de muchos individuos obreros, los cuales realizan operaciones heterogéneas pero recíprocamente complementarias. Entre ellos existe la división del trabajo propia del capitalismo, de la que es una forma especial la división entre el trabajo físico y el trabajo intelectual.

También tienen un carácter específico bajo el capitalismo los instrumentos de trabajo. El sistema de máquinas forma un mecanismo productivo objetivo, el cual es puesto en movimiento por la actividad conjunta de numerosos individuos. Las máquinas condicionan no sólo el proceso social-combinado en los límites del capital individual, sino que presuponen un tipo histórico concreto de división del trabajo a escala de toda la sociedad. El descubrimiento realizado por Marx de que el capital, como conjunto de relaciones sociales específicas, es determinado por una forma histórica particular del proceso de trabajo, fue una expresión teórica concreta de la ley objetiva del desarrollo social: la dependencia de las re-

laciones de producción respecto del carácter de las fuerzas productivas.

Mediante la investigación de todos los factores objetivos y subjetivos componentes del capital productivo, Marx analizó el proceso de la reproducción capitalista. Puso en evidencia que la reproducción simple y ampliada del capital no es sólo reproducción de los factores físicos de la producción, sino también de las relaciones de producción capitalistas. El análisis de la reproducción simple reveló que la propiedad del capitalista sobre las condiciones de la producción, tanto en cuanto al contenido físico de éstas como a su forma económica, es producto, en última instancia, del proceso de producción; las relaciones entre el capitalista y el obrero en la producción directa determinan la distribución de las condiciones de producción: privación de los medios de producción en el obrero y propiedad de los mismos por el capitalista. Por consiguiente, la ley de propiedad característica de la producción simple de mercancías, fundada en el trabajo privado del productor de mercancías, se transforma en la ley de apropiación capitalista, fundada en la utilización y explotación del trabajo asalariado.

La reproducción de las relaciones entre el capitalista y el obrero asalariado no sólo separa al obrero de los medios de producción, sino de todo el producto creado por él. El salario es aquí una forma transformada de esas relaciones entre capitalistas y obreros asalariados que permiten explotar a los obreros con ayuda del producto producido por ellos mismos.

El capital no puede realizar su movimiento sin acumulación, es decir, sin transformar una parte de la plusvalía en capital suplementario. La acumulación reproduce las relaciones de producción capitalistas a escala ampliada. El proceso de acumulación lleva ineluctablemente

a la formación del ejército de reserva de los sin trabajo, el cual presiona sobre la parte ocupada de los obreros, reduciendo el salario al nivel del valor de la fuerza de trabajo, e incluso por debajo de este valor. "Cuanto mayores son la riqueza social, el capital en funciones, el volumen y la intensidad de su crecimiento, y mayores también, por tanto, la magnitud absoluta del proletariado y la capacidad productiva de su trabajo, tanto mayor es el ejército industrial de reserva... Y cuanto mayor es este ejército de reserva en proporción al ejército obrero en activo, más se extiende la masa de la superpoblación consolidada, cuya miseria se halla en razón inversa a los tormentos de su trabajo. Y finalmente, cuanto más crecen la miseria dentro de la clase obrera y el ejército industrial de reserva, más crece también el pauperismo oficial. *Tal es la ley general, absoluta, de la acumulación capitalista.*" Esta ley conduce a la constante intensificación de la explotación, al empobrecimiento relativo y absoluto del proletariado.

Al someter a análisis la llamada "acumulación originaria" —esa prehistoria del capitalismo cuyo contenido es la creación de las premisas históricas del modo de producción capitalista— Marx formula su célebre definición de la tendencia histórica de la acumulación capitalista: "La propiedad privada fruto del propio trabajo y basada, por así decirlo, en la compenetración del obrero individual e independiente con sus condiciones de trabajo, es devorada por la propiedad privada capitalista, basada en la explotación de trabajo ajeno, aunque formalmente libre... Ahora ya no se trata de expropiar al trabajador independiente, sino de expropiar al capitalista explotador de numerosos trabajadores. Esta expropiación la lleva a cabo el juego de las leyes inmanentes de la propia producción capitalista, la centralización de los capitales... La

centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo llegan a un punto en que se hacen incompatibles con su envoltura capitalista. Esta salta hecha añicos. Ha sonado la hora final de la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados".

En el primer libro, Marx investiga el proceso directo de la producción capitalista. Toma el capital productivo como uno de los estadios del movimiento del capital individual, y el capital individual como una parte integrante de todo el capital social en su automovimiento.

En el segundo libro se investiga, fundamentalmente, el proceso de circulación del capital, y el proceso inmediato de la producción se toma como momento del movimiento del capital. Marx establece la conexión de las relaciones sociales de producción con el movimiento de los factores materiales de la producción en la rotación global del capital desembolsado. Pone de relieve de qué manera dicha conexión se expresa en la norma anual de plusvalía, y manifiesta de forma explícita las leyes de circulación de la plusvalía en el capital individual. El análisis de la circulación de los capitales individuales sirve de premisa a la investigación de las leyes de circulación del capital social. Marx investigó multifacéticamente el proceso de reproducción de todo el capital social. Estableció que la producción social se divide en producción de medios de producción (sector I) y producción de objetos de consumo (sector II). Descubrió las leyes de circulación de las partes compentes del capital (c, v, p) en el interior de cada sector y entre ellos. La reproducción y circulación del capital social se realiza de manera espontánea, lo que provoca gastos improductivos de trabajo, destrucción de bienes materiales, y hace más lento el ritmo de desarrollo de la producción social. Las desproporciones en el desarrollo de la producción social cons-

tituyen una de las premisas fundamentales de las crisis en la sociedad capitalista. El segundo libro de *El Capital* concluye con el estudio de los dos momentos, relativamente autónomos, del movimiento del capital social: producción y circulación.

En el tercer libro ("El proceso de la producción capitalista en su conjunto") el capital social es investigado en la totalidad de conexiones determinantes de su automovimiento. Aquí se someten a análisis las formas concretas en que aparecen las relaciones capitalistas en la superficie de la sociedad burguesa. La plusvalía se manifiesta formalmente transformada en ganancia, y la cuota de plusvalía formalmente transformada en cuota de ganancia. La obtención de ganancias es la motivación que incita toda la actividad del capitalista. Como resultado de la redistribución entre los capitalistas —en proporción a la magnitud de sus capitales— de la plusvalía apropiada, la ganancia se transforma en ganancia media, y el valor en precio de producción. Marx comprueba así que en relación con la clase obrera los capitalistas actúan económicamente como una sóla clase. A esto se debe precisamente que la clase obrera no pueda emanciparse de la explotación si se limita a la lucha económica.

El desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo social, con ayuda del cual el capitalista logra aumentar la producción de plusvalía, entra en contradicción con las relaciones de explotación. La base de las crisis cíclicas de superproducción consiste en la contradicción antagónica entre el carácter social de la producción y la forma privada capitalista de la apropiación. Tal es la contradicción fundamental del capitalismo.

Con la investigación de las leyes del movimiento del capital en la agricultura, se pone fin al estudio de la

producción capitalista, tanto en sus partes componentes, relativamente autónomas, como en el movimiento de conjunto interconexionado, de estas partes. Marx se proponía formular más adelante las definiciones más esenciales de las relaciones económicas de producción, distribución, cambio y consumo. Esto habría dado la posibilidad de la definición rigurosamente científica de las clases, así como del descubrimiento del carácter general de las superestructuras políticas, ante todo del Estado. Pero Marx no alcanzó a realizar ese análisis.

Los primeros tres libros de *El Capital* contienen el análisis de las leyes del modo de producción capitalista. En el cuarto libro ("Teorías de la plusvalía") se hace un análisis crítico de la economía política burguesa. La teoría científica del capitalismo creaba las condiciones necesarias para el examen de todas las representaciones de la producción capitalista anteriores a *El Capital.* La valoración de las precedentes teorías no era posible más que sobre la base de una nueva teoría que revelara la esencia del objeto estudiado. *El Capital,* en tanto que modelo lógico de un proceso que se desarrolla por sí mismo, permitió por vez primera crear la teoría científica del desarrollo de las representaciones sobre la producción capitalista. Al mostrar en el cuarto libro de *El Capital* de qué manera las representaciones acerca de los agentes de la producción burguesa revisten necesariamente carácter de clase, Marx demostró que la historia del desarrollo de la teoría económica es la historia del desarrollo y la lucha de las representaciones de determinadas clases.

La doctrina económica de Marx, cuya elaboración más plena se encuentra en *El Capital,* representa la fundamentación económica de la inevitabilidad histórica de la revolución socialista y de la dictadura del proletariado.

Lenin señaló que "...la inevitabilidad de la transformación de la sociedad capitalista en socialista Marx la extrae, total y exclusivamente, de la ley económica del movimiento de la sociedad actual". De ahí que *El Capital,* desde el momento de su aparición y hasta nuestros días, provoque los ataques furiosos de los defensores del capitalismo y de sus "críticos" pequeñoburgueses. En el transcurso de casi un siglo *El Capital* se encuentra en el centro de la lucha ideológica entre proletariado y burguesía. Todos los intentos de "refutación" de *El Capital* fracasan inevitablemente.

Ya en la fase superior del capitalismo —el imperialismo —las ideas de *El Capital* fueron desarrolladas en los trabajos de Lenin. Como se indica en el Programa del P.C.U.S. "el desarrollo del capitalismo mundial y de la lucha revolucionaria de la clase obrera ha confirmado plenamente la justeza del análisis marxista-leninista del capitalismo, y de su fase superior, el imperialismo...".

La teoría del materialismo histórico en "El Capital"

La interpretación materialista de la historia no se hizo posible más que a un determinado nivel del desarrollo de la sociedad. La producción capitalista creó las condiciones necesarias para el conocimiento del proceso de desarrollo de la sociedad, precisamente en virtud de su especial naturaleza económica-social. El capitalismo sugiere el carácter natural de la producción. Los capitales individuales, condicionándose recíprocamente en sus rotaciones, forman un solo capital social. Por eso se hizo más evidente que el desarrollo de la sociedad no se determina por la conciencia de los individuos, sino que es un proceso objetivo. Bajo el capitalismo adquiere una función especial ese tipo de factor objetivo de la producción social que es la mercancía. Se convierte en la forma general del producto del trabajo. El análisis del movimiento de la mercancía muestra que las leyes de la interacción entre los hombres no son determinadas por su conciencia. Tomando la mercancía en calidad de momento inicial de su investigación, Marx pudo reproducir en forma ideal las conexiones reales en que entran los hombres en la sociedad capitalista. La conciencia actúa aquí como forma de reproducción ideal del proceso real.

Marx descubrió, analizando el movimiento de las mercancías, la forma especial de trabajo social, lo que le permitió determinar la forma histórico-concreta del proceso del trabajo y la esencia de las relaciones de producción.

Marx hizo una conclusión fundamental para el materialismo histórico: todo proceso de producción "...es, al mismo tiempo, proceso de producción de las condiciones materiales de existencia de la vida humana y proceso de producción y reproducción —que transcurre en relaciones-histórico-económicas de producción específicas— de las mismas relaciones productivas...". El proceso mismo de producción de bienes materiales no es otra cosa que el proceso de trabajo. El proceso de trabajo sirve de base a la vida y el desarrollo del hombre. Es el único proceso mediante el cual el hombre regula el intercambio de materias entre él y la naturaleza. A la par que "...actúa sobre la naturaleza exterior a él y la transforma, transforma su propia naturaleza". El proceso de trabajo presupone así la reproducción ideal de aquellas conexiones dentro de las cuales el hombre actúa necesariamente con sus instrumentos y objetos de trabajo. "Al final del proceso de trabajo, brota un resultado que antes de comenzar el proceso existía ya en la mente del obrero; es decir, idealmente". Dicho con otras palabras, la conciencia en el proceso de trabajo no es otra cosa que la reproducción ideal de los momentos materiales del proceso de trabajo en su interacción. Esto comunica al trabajo un carácter racional. Con ello Marx mostró la naturaleza de la conciencia y su papel en la actividad humana. Puso de manifiesto que la conciencia de los hombres es determinada por su actividad material.

El hombre no puede realizar su actividad productiva más que en sociedad. El trabajo de cada individuo no es más que una parte integrante del proceso social del trabajo. Marx puso al descubierto la naturaleza social del proceso de trabajo, que condiciona la distribución, el cambio y el consumo de los objetos producidos en sociedad. La producción social, como mostró Marx,

se compone siempre del proceso directo de producción, de distribución, cambio y consumo. Las concepciones de los sociólogos y economistas premarxistas se fundaban "...en la confusión e identificación del proceso social de la producción con el proceso simple de trabajo, tal como podría ejecutarlo un individuo anormalmente aislado...". Su incomprensión de la naturaleza social del proceso de trabajo no les permitía descubrir las relaciones entre los individuos en el proceso directo de producción. Reconocían solamente las relaciones de consumo, cambio y distribución. Consideraban las condiciones de distribución de la producción como el factor histórico fundamental de la economía. Pero él mismo no podía ser explicado más que por la casualidad histórica, la violencia, etc. Todo esto no daba la posibilidad de conocer las leyes objetivas del desarrollo de la producción, su papel decisivo en la historia. Basándose en el análisis del proceso social de trabajo, Marx diferenció por primera vez las relaciones económicas de los hombres en la producción directa, y mostró lo que las distinguía de las relaciones de distribución, cambio y consumo. Las relaciones económicas fueron entendidas como funciones interrelacionadas de los individuos en la producción misma, distintas de las funciones de trabajo. Determinaban las relaciones de distribución, cambio y consumo. De esta manera quedó establecida la estructura de las relaciones sociales inherente a cualquier modo de producción. *El Capital* es el trabajo fundamental de Marx en el que se investiga concretamente el desarrollo del proceso de trabajo y de las relaciones económicas en su condicionamiento mutuo. Los cambios en las fuerzas productivas, el desarrollo del proceso de trabajo, determinan, en última instancia, el surgimiento del nuevo modo de producción. La investigación de las interrelaciones

entre fuerzas productivas y relaciones de producción demostró que las fuerzas productivas se desarrollan y adquieren nuevas cualidades únicamente si existen las adecuadas relaciones de producción. En *El Capital* se estudió en todas sus facetas cómo las relaciones de producción influyen activamente en el cambio de carácter del proceso de trabajo.

Para la teoría del materialismo histórico tiene gran significación la revelación concreta en *El Capital* de que las fuerzas productivas del modo de producción dado se diferencian cualitativamente de las fuerzas productivas de otras épocas. Así, la combinación obreros-máquinas caracteriza a las fuerzas productivas del modo de producción capitalista, diferenciándolas de todas las anteriores. En relación con ello quedó explicado de qué manera la calidad especial de los instrumentos de trabajo determina el carácter de la fuerza de trabajo y la forma social-combinada de todo el proceso de trabajo. En *El Capital* quedó demostrada la tesis, enunciada anteriormente por Marx, de la dependencia de las relaciones de producción del carácter y nivel de las fuerzas productivas.

Marx puso en claro que sobre la base del proceso de trabajo combinado fundado en el maquinismo, con separación del trabajo intelectual y del trabajo manual, se habían formado relaciones de producción específicamente capitalistas, caracterizadas por la supeditación efectiva del trabajo al capital. El cambio de forma del proceso de trabajo, de la cooperación simple, a través de la manufactura, al trabajo basado en las máquinas, determinó la evolución de las relaciones económicas del capitalismo. En la cooperación simple, e incluso en la manufactura, el capital no logró aún la supeditación real del obrero, no consiguió supeditar todo su tiempo de trabajo. La causa consistía en que el crecimiento de la productividad del

trabajo en la cooperación y en la manufactura tenía su base en la fuerza de trabajo como tal. En este período los capitalistas estaban obligados a recurrir a medios extraeconómicos de coacción, al apoyo del Estado. Sólo con la aparición de las máquinas la relación entre capitalista y obrero adoptó el carácter de completa subordinación del trabajo al capital. Lo que se explica porque el sistema de máquinas representa en sí una estructura objetiva de los medios de trabajo, existente al margen de cada obrero e independiente de él, que transforma al obrero en "...apéndice, dotado de conciencia, de una máquina parcial...". De esta manera Marx ponía de relieve que la revolución del modo social de producción representaba un producto necesario de la transformación de los medios de producción.

Marx demostró también que cada modo de producción tiene su propio sistema de leyes objetivas, que determina el movimiento de la producción en su conjunto. Este sistema de leyes es la forma concreta de expresión de la interacción fuerzas productivas—relaciones de producción, a un determinado nivel de desarrollo de la sociedad. En esta unidad dinámica de los dos aspectos del proceso de producción, las fuerzas productivas desempeñan constantemente un papel revolucionario. "...La contradicción inherente a este régimen de producción capitalista consiste, precisamente, en su tendencia a desarrollar de modo absoluto las fuerzas productivas...". A consecuencia de ello, el modo capitalista de producción "...entra en conflicto con su propio desarrollo ulterior". Esta contradicción antagónica lleva al capitalismo a su fin y a su sustitución por un nuevo régimen de producción.

La tesis demostrada en *El Capital,* de que el desarrollo de la producción material y, consiguientemente, el de toda la sociedad, es determinado por leyes objetivas, inde-

pendientes de la voluntad y la conciencia de los hombres, tuvo decisiva significación para la transformación del materialismo histórico de hipótesis en ciencia. "...Desde que apareció *El Capital* —escribió Lenin— la interpretación materialista de la historia ya no es una hipótesis, sino un principio científicamente demostrado...".

El conocimiento del proceso de desarrollo de la sociedad permitió a Marx determinar el papel y el lugar verdaderos del hombre en el proceso histórico. Un sistema de interacción de factores objetivos y subjetivos actúa, en relación con cada persona, como necesidad histórica. Este sistema determina no sólo todas las acciones de los hombres, sino sus representaciones, ideas, etc. Marx fue el primero en mostrar que el carácter creador de la actividad humana no consiste en que los hombres modifiquen el mundo a su capricho; los hombres son creadores en la medida en que gracias a su actividad se realiza el proceso de desarrollo social de acuerdo con las leyes objetivas del mismo. El fundamento de la actividad transformadora del hombre está constituido por el proceso de trabajo, el cual supone la actividad humana en calidad de condición necesaria de su realización. En esta peculiaridad de la actividad humana reside, precisamente, el contenido objetivo de su carácter transformador o creador. El papel activo de la conciencia no consiste en que sea la causa de los cambios realizados por el hombre en el proceso del trabajo. La conciencia, como la misma actividad del hombre, está condicionada por la necesidad social. Pero esta última, antes de materializarse en el proceso del trabajo, debe reflejarse en la conciencia.

La actividad transformadora del hombre es un momento necesario del movimiento, no sólo en el proceso del trabajo. Los individuos realizan el proceso económico-social fijándose determinados objetivos. No sólo los mo-

mentos del proceso de trabajo, sino también las relaciones económicas, se reproducen de una u otra manera en la conciencia y toman la forma de motivación ideal. El contenido objetivo del proceso de crecimiento de la plusvalía, por ejemplo, toma la forma de fin subjetivo del capitalista: obtención de ganancia. El fin de la actividad productiva del obrero es la percepción del salario. Tanto el fin del capitalista como el del obrero son formas metamorfoseadas, ideales, de las relaciones en que se encuentran. Y lo mismo el proceso de trabajo que las relaciones sociales de producción, no se reproducen más que a través de las formas dadas de actividad finalizada. La producción social en las formaciones antagónicas hace que la representación metamorfoseada sea el contenido inevitable de cualquier actividad humana. Dicho fetichismo, lo mismo que "el reflejo religioso del mundo real, sólo podrá desaparecer totalmente cuando las condiciones de la vida diaria, laboriosa y activa, representen para los hombres relaciones claras y racionales entre sí y respecto a la naturaleza".

El análisis de la actividad humana y de los factores que la determinan, permitió a Marx resolver el problema de libertad y necesidad en el desarrollo social. Bajo el capitalismo "...los comportamientos de los hombres en el proceso social de producción son puramente atomísticos, debido a lo cual sus relaciones de producción toman un carácter cosificado, sustraído a su control y a sus actos individuales conscientes". Respecto a cada agente individual de la producción esas relaciones intervienen como una fuerza exterior coactiva. Semejante forma de manifestación de la necesidad social hace que cada persona no sea libre en sus actos. Sin embargo, las condiciones sociales no dominan de la misma manera sobre los representantes de las diversas clases. El capitalista es

"...capital personificado, dotado de conciencia y voluntad". Todas aquellas relaciones que aparecen en el movimiento del capital individual toman la forma de actividad finalizada del capitalista. En ese proceso el capitalista es libre, es decir, su actividad es la realización de su fin particular. Por el contrario, la actividad racional de la clase obrera está supeditada a los fines y la actividad de la clase dominante, y es realizada por el proletariado bajo la coerción económica y extraeconómica.

Marx siguió las vías mediante las cuales las leyes inmanentes de la producción capitalista se manifiestan en el movimiento de los capitales, cómo bajo la forma de motivaciones impulsoras se hacen conciencia en determinados agentes de la producción y se realizan a través de la actividad de estos agentes. Así pudo determinar la estructura de la sociedad, constantemente reproducida en forma histórico-concreta. Marx demostró que "el conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social", que "el modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general". En *El Capital,* por consiguiente, Marx mostró, por primera vez, de qué manera el modo de producción, condicionando los rasgos cualitativos de toda la estructura social, comunica a la sociedad la precisión de una formación económica concreta. De esta manera, al analizar en *El Capital* las leyes objetivas del automovimiento de una forma histórico-concreta del desarrollo social, Marx elaboró la teoría del materialismo histórico. Hasta Marx, la humanidad había intentado explicarse el mundo. Marx reveló cómo es posible y necesario transformarlo.

La investigación de las relaciones de producción del

capitalismo puso al descubierto la situación objetiva de las clases de este sistema, la ineluctabilidad del antagonismo irreductible entre los intereses de clase de la burguesía y del proletariado, las fuerzas motrices de la lucha de clases en la sociedad burguesa. Lenin señalaba que todo *El Capital* está consagrado a esclarecer la verdad de que las fuerzas fundamentales de la sociedad burguesa son, y sólo pueden ser, la burguesía y el proletariado: la burguesía, como constructora de esta sociedad, como su dirigente, como su motor; el proletariado como su sepulturero, como la única fuerza capaz de relevarla. El esclarecimiento de la misión histórica de la clase obrera puso fin a las representaciones utópicas acerca de un socialismo "no clasista" que se habían difundido hasta la aparición del marxismo. Esta circunstancia tiene gran vigencia significativa en las condiciones actuales, cuando en los países poco desarrollados económicamente, que han conquistado su independencia, se crean de nuevo diferentes variantes de socialismo "no clasista", que rechazar la idea de la hegemonía del proletariado en la lucha por la transformación socialista de la sociedad.

La existencia de las clases era conocida de los historiadores y economistas que habían trabajado antes que Marx. Pero sólo Marx creó una verdadera teoría científica de las clases y de la lucha de clases, mostró que la existencia de las clases está ligada a determinadas fases históricas del desarrollo de la producción y que las clases se distinguen por su situación en el sistema dado de producción social, que la lucha de clases en la sociedad capitalista conduce inevitablemente a la dictadura del proletariado, la cual, a su vez, constituye el tránsito a la supresión de todas las clases y a la sociedad comunista sin clases.

Problemas del comunismo científico en "El Capital"

Al descubrir las leyes de la dinámica del modo de producción capitalista, Marx demostró que llevan necesariamente a la transformación del capitalismo en una nueva formación socio-económica: el comunismo. Por un lado, en la reproducción capitalista se realizan constantemente cambios específicos del proceso de trabajo, los cuales se traducen en el continuo crecimiento de la concentración del proceso social-combinado de trabajo, en la progresiva transformación de diversas formas de actividad laboral en proceso social-combinado de trabajo subordinado al capital; en el constante aumento de las conexiones entre todos los procesos de trabajo en el movimiento del capital social. La previsión hecha por Marx del proceso social-combinado de trabajo a escala de toda la sociedad, es uno de los descubrimientos fundamentales entre los que permitieron definir científicamente la naturaleza general del comunismo. Por otra parte, como puso de manifiesto Marx, el desarrollo de la producción capitalista reproduce a escala ampliada las relaciones de producción capitalista y las contradicciones que les son inherentes.

Dado que las relaciones de producción capitalistas son determinadas por la forma del proceso de trabajo, cuya tendencia es transformarse en proceso social-combinado a escala de toda la sociedad, en la reproducción capitalista aparecen dos procesos interrelacionados. En

primer lugar, la concentración cada vez mayor del capital lleva al reforzamiento del poder del capital sobre el trabajo, al aumento del grado de explotación. "La contradicción entre el poder social general en que el capital se convierte y el poder privado del capitalista individual sobre estas condiciones sociales de producción, se desarrolla de un modo cada vez más clamoroso...". Al mismo tiempo, la concentración de la producción une a los obreros en masas cada vez mayores, y el crecimiento de la explotación lleva a la intensificación de su lucha. Lucha dirigida contra ese tipo de relaciones sociales bajo el cual el productor directo, siendo el sujeto de un trabajo cada vez más socializado, no es sujeto de la producción. En segundo lugar, la reproducción ampliada del capital social reproduce también en escala ampliada las contradicciones entre relaciones de producción y fuerzas productivas. El reforzamiento de la explotación de los obreros asalariados se logra mediante el desarrollo de las fuerzas productivas sociales, lo que a su vez provoca el crecimiento de la socialización del proceso de trabajo y la profundización de las contradicciones entre clase obrera y clase capitalista. A un determinado nivel del desarrollo el capital entra en contradicción irresoluble con los medios de su autocrecimiento. Se entra en la época de las revoluciones proletarias.

El desarrollo de la contradicción entre el crecimiento del carácter social del proceso de trabajo y las relaciones de producción capitalistas, determina el único medio de su solución: la formación del proceso social-combinado a escala de toda la sociedad y la transformación revolucionaria de la clase obrera en sujeto colectivo de la producción social. Las condiciones de producción se transforman en "...colectivas, sociales". Lo que pone fin a toda forma de explotación. Por tanto, el proletariado, co-

mo mostró Marx, es el que lucha contra las relaciones de producción clasistas, antagónicas, en general.

La investigación del desarrollo de las contradicciones del capitalismo y de la tendencia histórica de su solución, hace de *El Capital* un instrumento teórico en la lucha contra el revisionismo contemporáneo. *El Capital* proporciona la base científica para el desenmascaramiento de los intentos revisionistas de mostrar la atenuación de las contradicciones de clase en la sociedad capitalista contemporánea. "...El desarrollo del capitalismo actual confirma la exactitud de la doctrina marxista-leninista sobre el crecimiento de las contradicciones y antagonismos de la sociedad capitalista y la intensificación de la lucha de clases". (Programa del PCUS, 1961). La teoría del comunismo científico pone al desnudo la completa inconsistencia de las afirmaciones revisionistas acerca de la conversión del capitalismo en socialismo sin destrucción revolucionaria de las relaciones burguesas de producción. La solución de las contradicciones inherentes al capitalismo significa el establecimiento del proceso social-combinado de trabajo a escala de la sociedad y la emergencia del sujeto social de la producción. Esta conclusión de Marx destruye también las actuales representaciones, tipo Dühring o anarcosindicalistas, acerca del socialismo como conglomerado de empresas cooperativas independientes.

Al suprimir las relaciones de producción capitalistas, la clase obrera deja de ser portadora de estas relaciones. Al convertirse en sujeto colectivo de la producción suprime las relaciones de valor, en cuanto éstas separan al productor inmediato de los medios de producción y transforman su fuerza de trabajo en mercancía. Marx previó que en la primera fase del comunismo sería necesaria la distribución de los productos entre los productores en correspondencia a la calidad y cantidad de su

trabajo. Sin embargo, demostró que en la sociedad donde el propietario de los medios de producción es el pueblo desaparecen necesariamente aquellas relaciones bajo las cuales los productos del trabajo constituyen medios para que otra clase, la clase de los explotadores, reclute para la producción a los trabajadores directos. En la sociedad comunista se excluyen las relaciones de contradicción de la mano de obra, de salario, etc., como relaciones entre dos sujetos económicos distintos. Y la ley de crecimiento de la productividad del trabajo se convierte en ley absoluta de la producción comunista.

Marx puso de relieve que la oposición entre la ciudad y el campo, entre el trabajo manual y el trabajo intelectual es expresión de las relaciones de clase antagonistas. Por eso en *El Capital* se formula la conclusión de que en la sociedad comunista, donde el sujeto de la producción es la colectividad de productores asociados, no sólo será eliminada la oposición sino que se suprimirán también las diferencias esenciales entre la ciudad y el campo, entre el trabajo manual y el intelectual. Desaparece también, bajo el comunismo, la esclavización del hombre por la división social del trabajo, consustancial al capitalismo. El proceso social de trabajo bajo el comunismo implicará la actividad planificada conjunta de todos los miembros de la sociedad en procesos ligados entre sí. Será "... una asociación de hombres libres que trabajan con medios colectivos de producción y que despliegan sus numerosas fuerzas individuales de trabajo, con plena conciencia de lo que hacen, como una gran fuerza de trabajo social". Los medios de producción "...dejan de ser medios y productos de la producción privada para convertirse en medios de producción puestos en manos de productores asociados, en producto social de éstos y que, por tanto, sólo pueden ser propiedad social suya". Tiene lugar "...la

transformación de los medios de trabajo en medios de trabajo utilizables sólo colectivamente, la economización de todos los medios de producción al ser empleados como medios de producción de un trabajo combinado, social..." Medios de trabajo a escala de toda la sociedad determinarán el proceso de trabajo a esa misma escala.

Marx mostró que el comunismo introduce cambios no sólo en la produción como tal, sino en la distribución y el consumo, y que el cambio de productos cede el paso, bajo el comunismo, al cambio de actividades a escala de la sociedad. Puesto que el proceso social de trabajo supone la rigurosa determinación de las relaciones cualitativas y cuantitativas entre los factores subjetivos y objetivos de la producción, la regularización de dichas relaciones se convierte en momento de la actividad laboral consciente, en parte del conjunto de la actividad productiva de todos los productores. El proceso social de trabajo concentra en la asociación de productores, en el productor social, no sólo las funciones laborales, sino económicas. El productor directo se transforma en sujeto colectivo de la producción social. El proceso mismo de producción toma la forma de actividad consciente, planificada, de la asociación de productores libres. La transmación de los productores en sujeto colectivo del proceso directo de la producción comunista, condiciona relaciones de distribución cualitativamente nuevas. Bajo el comunismo, cualquier necesidad de la persona no puede ser satisfecha mas que como necesidad social y sólo sobre la base del desarrollo de la producción social. Semejante carácter de las relaciones de distribución permite la satisfacción de todos según sus necesidades. Al hacer de los productores el sujeto colectivo de la producción, el comunismo excluye la aparición de relaciones entre los hombres a través de las cosas. Las relaciones económicas ac-

túan como relaciones entre miembros de una sola colectividad, tanto en la producción como en la distribución, el cambio y el consumo. Por eso no adquieren una forma metamorfoseada en la conciencia, sino que se perciben como lo que son. Puesto que el portador de las funciones laborales y económicas es el productor colectivo, su actividad productiva se transforma en iniciativa libre y consciente. Los objetivos y tareas que se plantean ante el hombre son los objetivos y tareas de la sociedad. Lo cual estimula la participición creadora de los productores en la producción y en toda la vida social. De ahí, precisamente, que el comunismo —como indicaba Marx— abra posibilidades ilimitadas de crecimiento de la productividad del trabajo y del ritmo de desarrollo de la producción social. Con el comunismo desaparecen todas las barreras que la sociedad clasista-antagonista oponía a la personalidad. El hombre se libera de ellas porque la sociedad comunista presupone tales relaciones entre los hombres que sólo pueden materializarse mediante la libre iniciativa de todos los miembros de la sociedad comunista. Por eso, subrayaba Marx, sólo la libre acción de los hombres en la colectividad social crea las premisas reales del desarrollo multifacético de la personalidad.

El XXII congreso del PCUS, apoyándose en el análisis de Marx y generalizando la experiencia de la construcción comunista, ha dado una definición científica, desarrollada, del comunismo: "El comunismo es un régimen social sin clases, con una forma única de propiedad sobre los medios de producción, la propiedad de todo el pueblo, y con una plena igualdad social de todos los miembros de la sociedad, en el que, a la par con el desarrollo universal de los hombres, crecerán las fuerzas productivas sobre la base de una ciencia y una técnica en desenvolvimiento constante, manarán a plena caudal todas las

fuentes de la riqueza social y será realizado el gran principio "de cada cual, según su capacidad; a cada cual, según sus necesidades". El comunismo es una sociedad altamente organizada de trabajadores libres y conscientes, en la que se establecerá la autogestión social, el trabajo en bien de la sociedad será para todos la primera exigencia vital, necesidad hecha conciencia, y la capacidad de cada individuo se aplicará con el mayor provecho para el pueblo".

Fundación Isidoro Acevedo
OVIEDO

La lógica de "El Capital"

En la elaboración del contenido teórico de la economía política, Marx aplicó conscientemente la concepción materialista-dialéctica de la forma y las leyes del desarrollo del pensamiento. "Si Marx —expresó Lenin— no dejó una *Lógica* (con mayúscula), dejó la *lógica* de *El Capital.* Procede utilizarla lo más posible en la cuestión que corresponda". En la comprensión del objeto de la lógica, del campo y carácter de sus problemas específicos, y de los medios de resolverlos, Marx partió conscientemente de los resultados que en este dominio de la ciencia habían sido la principal conquista histórica de la filosofía clásica alemana, particularmente de la filosofía de Hegel. La lógica implícita en *El Capital,* y aplicada en el proceso de su creación, fue en lo esencial, y desde el punto de vista histórico, el resultado de la superación crítica (repensar) de la lógica hegeliana, desde las posiciones del materialismo. "En *El Capital* se aplica a una ciencia determinada la lógica, la dialéctica y la teoría del conocimiento del materialismo (no hacen falta tres palabras: es una sola cosa), tomando de Hegel todo lo que hay de valioso y desarrollándolo". (Lenin, *Obras*).

La lógica de Marx es opuesta en su principio a la lógica hegeliana por las premisas filosóficas que le sirven de base de partida. Su fundamento es la solución materialista del problema sobre la relación del pensamiento (de su forma y leyes objetivas) y la realidad. Hegel, en cambio, en el planteamiento y solución de los problemas ló-

gicos parte de una solución inversa (idealista) de dicha cuestión. Presenta al pensamiento en calidad de demiurgo del mundo, como la fuerza activa que constituye y da forma al mundo exterior. Sin embargo, Marx enriquece la concepción tradicional de la lógica, de su objetivo y tareas (que constituía el núcleo racional de la filosofía clásica alemana, en particular de la filosofía de Hegel, según la cual el contenido fundamental de la lógica no son tanto "las formas exteriores del pensamiento", como las que ocupaban exclusivamente a la vieja lógica formal, cuanto —y ante todo— las formas generales, universales) con las leyes objetivas del desarrollo de "todas las cosas materiales, naturales y espirituales", expresadas en las categorías de la dialéctica. A esto se liga la tesis de que la lógica de *El Capital* es dialéctica, como doctrina la nás completa y profunda sobre el desarrollo, y la dialéc-.ica es lógica, es decir, la única doctrina que resuelve el problema de qué es el pensamiento, de cuáles son las formas y leyes que gobiernan su desarrollo. De ahí que exponer la esencia de la lógica de *El Capital* significa exponer la dialéctica materialista en toda la amplitud del despliegue de su contenido, desenvolver la exposición sistemática de las categorías de la dialéctica, no sólo en lo que respecta a su contenido objetivo (es decir, contenido independiente no sólo del pensamiento, sino del hombre en general), sino en lo que respecta al papel activo que estas categorías desempeñan en el proceso del conocimiento teórico, en lo que respecta a sus funciones lógicas. El principio lógico fundamental aplicado en *El Capital* es el principio de correspondencia del pensamiento con la realidad. Lo que obliga a considerar el pensamiento no "por sí mismo", es decir, haciendo la abstracción de la realidad, separado de ésta, sino como proceso de transformación de la realidad en pensamiento. Por eso la

realidad es una categoría fundamental, y además específica, para la lógica, dado que el pensamiento se diferencia, específicamente, de todas las otras formas de reflejo del mundo circundante en la cabeza del hombre, precisamente en que en el pensamiento, de manera consciente, finalizada y sistemática, el hombre lleva sus representaciones a la adecuación con la realidad. Todas las otras formas de reflejo se constituyen más o menos espontáneamente, y son objeto de investigación por la psicología, la fisiología, la lingüística general, etc. En el pensamiento el hombre rinde a sí mismo cuenta rigurosa del procedimiento y carácter de sus acciones cognoscitivas, mantiene el proceso del reflejo bajo el control de las categorías, de las formas lógicas que expresan las formas universales de todo lo existente, las formas de la realidad, como articulación interna de "la unidad de l: diversidad" (es decir, la "concreteidad"). Precisament por eso, sin categorías que expresen las formas universa les y las leyes objetivas de la realidad, no es posible comprender ni expresar, en general, la "especificidad del pensamiento". Y la lógica que se encierra en la llamada "especificidad del pensamiento", es decir, que considera el pensamiento "por sí mismo", fuera de toda relación con la realidad, finalmente no capta precisamente la buscada "especificidad", sustituyendo el aspecto lógico de la investigación por el examen psicológico, fenomenológico, histórico-descriptivo, o lingüístico.

La lógica de *El Capital* presupone, al mismo tiempo, que la correspondencia de la conciencia con la realidad se alcanza a través de un proceso complejo, dialécticamente contradictorio, de desenvolvimiento de los conceptos y categorías, y se expresa en forma de elevación de lo abstracto a lo concreto. El medio (método) de elevación de lo abstracto a lo concreto consiste, ante todo, en

la explicitación consciente de esa ley a la que siempre, y en todas partes, se sometió y se somete la marcha del conocimiento teórico de la realidad; de la realidad como totalidad compacta, articulada en todas sus manifestaciones, como objetiva "unidad de la diversidad" que se encuentra en proceso de aparición, devenir y desarrollo. Habiendo sido descubierta por la filosofía en calidad de "ley natural" del desenvolvimiento de la teoría, la vía de elevación de lo abstracto a lo concreto fue utilizada por Marx en la elaboración de la economía política como principio metodológico fundamental del desarrollo de las determinaciones. Los rasgos principales de este método (o lógica del desarrollo de las determinaciones) aplicado en *El Capital,* fueron descritos por Engels con las siguientes palabras: "Con este método, partimos siempre de la relación primera y más simple que existe históricamente, de hecho; por tanto, aquí de la primera relación económica con que nos encontramos. Luego, procedemos a analizarla. Ya en el sólo hecho de tratarse de una *relación* va implícito que tiene dos lados que *se relacionan entre sí.* Cada uno de estos dos lados se estudia separadamente, de donde luego se desprende su relación recíproca y su interacción. Nos encontramos con contradicciones, que reclaman una solución. Pero, como aquí no seguimos un proceso discursivo abstracto, que se desarrolla exclusivamente en nuestras cabezas, sino una sucesión real de hechos, ocurridos real y efectivamente en algún tiempo o que siguen ocurriendo todavía, estas contradicciones se habrán planteado también en la práctica y en ella habrán encontrado asimismo, probablemente, su solución. Y si estudiamos el carácter de esta solución, veremos que se logra creando una nueva relación, cuyos dos lados contrapuestos tendremos que desarrollar ahora, y así sucesivamente".

El mérito fundamental de la lógica de *El Capital* consiste en que el proceso de revelar categorías se realiza en el curso del análisis de una serie ordenada de hechos, en el curso del movimiento del pensamiento de un hecho a otro, por la vía de ir profundizando sistemáticamente la comprensión de su interconexión universal. En este proceso el orden en que se verifica el paso del análisis de una relación de hecho, al de otra relación de hecho, no es arbitrario (como lo es inevitablemente en el procedimiento de generalización basado unilateralmente en la inducción), al mismo tiempo que no es formal (como lo es cuando se llega a las categorías por vía unilateralmente deductiva, a partir de determinaciones generales axiomáticas, puestas *a priori*).

La lógica de *El Capital* se distingue por la conjugación (convergencia) directa de la inducción y la deducción, es decir, del análisis de los hechos y el análisis de los conceptos. En general, el orden del movimiento de pensamiento de hecho a hecho (consiguientemente, de relación a relación) se condiciona aquí por la historia del proceso de formación y desarrollo de la totalidad concreta que en el caso dado es objeto de investigación. Caracterizando el método lógico de "revelación" de las determinaciones utilizadas por Marx para la elaboración de la economía política, Engels señaló que "...este método no es, en realidad, más que el método histórico, despojado únicamente de su forma histórica, y de las contingencias perturbadoras. Allí donde comienza esta historia debe comenzar también el proceso discursivo, y el desarrollo ulterior de éste no será más que la imagen refleja, en forma abstracta y teóricamente consecuente, de la trayectoria histórica; una imagen refleja corregida, pero corregida con arreglo a las leyes que brinda la propia trayectoria histórica...".

Al mismo tiempo, Marx advirtió terminantemente que sería erróneo desarrollar las categorías en el orden "en que históricamente desempeñaron un papel decisivo", y el cual representa el orden natural del desarrollo histórico. El asunto consiste en que la ciencia no reproduce la historia "en general", sino sólo la de aquella realidad histórico-concreta que es objeto directo de análisis. En el caso que nos ocupa, se trata de la historia de una formación social, concretamente de la capitalista. Por eso, "la cuestión no está en la situación que históricamente ocuparon las relaciones económicas en las diferentes formas sucesivas de la sociedad", sino en el lugar que ocupan en el proceso de formación de una forma de producción social, de la que es objeto de investigación. Este lugar y papel de una determinada categoría no son dictados por consideraciones "lógicas", sino por el carácter mismo del proceso histórico, por su propia dialéctica. Todo consiste en que la aparición y el desarrollo de una nueva forma social no se producen a partir de la nada, sino siempre sobre una base creada por el desarrollo precedente. La nueva sociedad tiene siempre sus premisas históricas, "...las relaciones de producción de todas las formas sociales anteriores, sobre cuyas ruinas y elementos se ha edificado, conservando parcialmente algunos vestigios no superados de aquéllas, y en parte desenvolviendo hasta su plena significación lo que antes no se encontraba más que en estado virtual, etcétera".

Cada nueva forma de producción (como cada nueva formación histórica en la naturaleza, en la sociedad y en el pensamiento) siempre tiene su "comienzo" histórico-concreto, el cual aparece en el tiempo después de sus premisas históricas y a continuación transforma esas premisas, y las formas que de ellas dependen, modificando su lugar y papel de acuerdo con las propias exigencias de

esa nueva forma de producción. De ahí que el papel y el lugar de categorías tales como "capital comercial" o "renta", no pueden ser comprendidos hasta después de serlo la categoría "plusvalía", y en ningún caso antes, aunque en el tiempo la plusvalía surgió más tarde que las primeras. Estas y otras categorías semejantes no se transforman en categorías del modo capitalista de producción mientras que el proceso de producción de plusvalía no las incluya en su órbita y las convierta en sus formas subordinadas, es decir, en categorías derivadas.

Resulta, pues, que la "corrección" del orden histórico de despliegue de determinadas categorías no es realizado en *El Capital* en aras de consideraciones "lógicas", sino en correspondencia con las leyes nacidas del propio proceso histórico real de surgimiento y maduración de la forma de producción histórico-concreta investigada. Este principio tiene un sentido universal, es decir, lógico, y no concierne sólo a la investigación de la forma capitalista de producción, e incluso no sólo a la investigación de los fenómenos histórico-sociales. Resuelve, con los materiales de un caso particular, el problema general de la lógica como ciencia, el problema del "comienzo" de la investigación lógica y del orden de su movimiento ulterior.

Si en *El Capital* el análisis comienza con la forma mercancía, esto refleja en el plano lógico la peculiaridad de la "totalidad" investigada: el hecho de que sólo la formación capitalista transforma la mercancía en determinación económica universal del producto. Tomada en sí misma, la forma mercancía del producto del trabajo no está vinculada forzosamente a la organización capitalista de la producción social. En tanto que forma económica particular es propia también de otras formaciones socioeconómicas. Sin embargo, en ningún otro sistema de re-

laciones de producción llega a ser esa forma la condición universal (y la consecuencia universal, en el mismo grado) de todas las otras formas de producción, cambio y consumo: la "célula" de la totalidad. En este caso la mercancía constituye "el ser inmediato más simple" que yace en la base de todos los restantes elementos del sistema. De ahí que las determinaciones teóricas de esta forma resulten determinaciones abstracto-universales de cualquier otra forma que se desarrolle a base de aquélla; que constituyan la determinación más "simple" y "abstracta" de la totalidad estudiada, de todo el organismo desarrollado de la economía del capitalismo.

Desde un punto de vista de la lógica, es esencial que la determinación abstracto-universal de cualquiera de las formas económicas particulares no se elabore haciendo abstracción formal (separando lo idéntico) de lo que es específico a cada elemento del sistema, sino a través del análisis concreto de una forma singular, a través del reflejo de la especificidad de la mercancía. "Si corresponde analizar la "mercancía" —el concreto económico más simple— es necesario prescindir de todas las relaciones que no tienen nada común con dicho objeto de análisis", dice Marx, aludiendo a la plusvalía, el salario, la ganancia, y demás categorías.

Siendo el "comienzo" de todo el proceso de reproducción capitalista, la mercancía es, al mismo tiempo, la forma elemental a la que vuelve constantemente el movimiento de todos los elementos de la producción, o sea, es el "final", la consecuencia, del movimiento global del sistema. Ni el capital, ni la fuerza de trabajo, pueden funcionar en calidad de elementos del sistema sin transformarse constantemente de nuevo, en cada ciclo, en mercancía. De ahí que la mercancía aparezca no sólo como "comienzo" sino como "finalidad causal" de todo el inter-

cambio cíclico de materias en la producción organizada de manera capitalista. Por eso, la determinación teórica general del sistema en su conjunto refleja tanto el "comienzo" como el "objetivo final" de su movimiento, y no simplemente el rasgo abstracto-universal de todos los elementos, de todas las formas particulares de existencia de la totalidad dada.

En este punto se perfila claramente la principal diferencia de la lógica de *El Capital* de la lógica formal tradicional, en lo que concierne a la relación de lo universal y lo particular y lo singular. Lo universal se entiende aquí no como abstracto-universal, sino como reflejo teórico concreto de la ley. Lo universal, en la lógica de *El Capital*, no refleja la identidad abstracta de todos los fenómenos entre sí, sino la identidad concreta (unidad) de estos fenómenos en el cuerpo de la totalidad concreta, del sistema de fenómenos que se desarrollan sobre una sola y misma base.

La unidad concreto-universal de los fenómenos en el cuerpo del sistema, incluye en sí no sólo las diferencias, sino la contradictoriedad de estos fenómenos entre sí. Es la unidad dialécticamente contradictoria, que se realiza a través del paso, de la transformación de unas contradicciones en otras. Lo concreto-universal, en oposición a lo abstracto-universal, incluye en sí las determinaciones que se excluyen y, al mismo tiempo, se presuponen mutuamente. Es decir, incluye las contradicciones dialécticas que constantemente nacen en movimiento, y en este mismo movimiento se resuelven sin cesar.

Así, la esencia de la forma mercancía de la producción consiste en que cada producto, cada mercancía, puede revestir una de las dos formas recíprocamente excluyentes de expresión del valor: bien la relativa, bien la equivalente. Dos mercancías que se enfrenten en el cam-

bio tienen que dsempeñar necesariamente papeles contrarios: "...una de las mercancías —aquélla cuyo valor trata de expresarse— sólo interesa directamente como valor de uso, mientras que la otra —aquélla *en que* se expresa el valor— interesa sólo directamente como valor de cambio". Cada una de ellas no está en condiciones de desempeñar ambos papeles de manera inmediata, simultánea, porque estos papeles se excluyen recíprocamente. Y, sin embargo, el cambio real presupone que cada una de ellas mide su valor en la otra y sirve de material para que esa otra mida su propio valor. Es decir, desempeña ambos papeles a la vez. En esta dialéctica de conjunción de formas económicas contradictorias, no se expresa otra cosa que la contradicción oculta en cada una de ellas, la contradicción entre valor de uso y valor. En la relación de mercancía y mercancía se explicita la posición dialécticamente contradictoria de la mercancía respecto a sí misna, o sea, la contradicción inmanente a la forma del valor. Esta contradicción de la forma simple del valor sirve asimismo, de "fundamento lógico" para el paso del análisis de la mercancía al análisis de la forma dinero del valor, lo que teóricamente se expresa en el desarrollo del concepto de valor. "...El proceso de cambio de las mercancías encierra aspectos que se contradicen y excluyen entre sí. El desarrollo de la mercancía no suprime estas contradicciones; lo que hace es crear la forma en que pueden desenvolverse". Esa nueva forma de desarrollo y dinámica de las contradicciones es el dinero. "No existe otro método para resolver las verdaderas contradicciones. Así, por ejemplo, el que un cuerpo se vea constantemente atraído por otro y constantemente repelido por él, constituye una contradicción. Pues bien, la elipse es una de las formas de movimiento en que esta contradicción se realiza a la par que se resuelve".

De esta manera Marx subraya el carácter universal (lógico) del curso del pensamiento más arriba descrito: desarrollo de las determinaciones teóricas en concordancia con el desarrollo de las contradicciones del movimiento real. Aquí, la contradicción no aparece ya como testimonio de "falsedad", de "error" (según la entendía la vieja lógica no dialéctica), sino como principio lógico esencial y como forma de desarrollo de las determinaciones, como principio lógico del paso del hecho al hecho. Sólo este principio asegura la objetividad de los pasos de unas categorías u otras, es decir, la adecuación del desarrollo de las determinaciones con el desarrollo de la realidad.

Por tanto, el análisis de la circulación de las mercancías lleva a la antinomia, a la contradicción, que no puede eliminarse por medios formales —mediante el "afinamiento del concepto teórico"— precisamente porque refleja un contradicción insoluble de la esfera considerada de la producción capitalista. La realidad "resuelve" esta contradicción mediante la génesis de una nueva forma de relaciones económicas, creando una nueva forma para el movimiento de la contradicción revelada. Según Marx, el pensamiento teórico que reproduzca la realidad debe moverse de acuerdo con esa misma lógica. Las determinaciones obtenidas en el análisis de la circulación de mercancías se enfrentan con contradicciones tan pronto cómo, a través de ellas, se revela el hecho de la producción de plusvalía. "Por muchas vueltas que le demos —dice Marx, como conclusión de su análisis del valor— el resultado será siempre el mismo. Si se cambian equivalentes, no se produce plusvalía, ni se produce tampoco aunque se cambien valores no equivalentes". Esto significa: la investigación objetiva de las leyes de la circulación de mercancías ha mostrado que la circulación no contiene en sí las condiciones suceptibles de hacer posible ese hecho

evidente, indiscutible y universal: el incremento del valor del capital. Con ello, la reflexión se orienta a la búsqueda de esa condición, aún no conocida, bajo la cual la circulación de mercancías se convierte en la fase de producción de plusvalía. Esta condición desconocida, este hecho real, debe concordar, por un lado, con todas las condiciones antes explicitadas, es decir, debe someterse a todas las leyes de la circulación de mercancías. Por otro lado, esa condición transforma la circulación de mercancías en lo que es su contrario mismo: en fase de producción de nuevo valor.

Marx formula así la tarea: la plusvalía es posible, sin atentar a la ley del valor (como ley universal de todo el sistema), sólo bajo la condición de que se logre encontrar realmente un hecho nuevo, sólo si "...se tiene la fortuna de descubrir en la órbita de la circulación, en el mercado, una mercancía cuyo valor de uso posea la peregrina cualidad de ser fuente de valor, cuyo consumo efectivo fuese, pues, al mismo tiempo, materialización de trabajo, y, por tanto, creación de valor". En otras palabras: en este punto decisivo de la "deducción", Marx se dirige de nuevo a lo empírico. En el lenguaje de la vieja lógica esto significa que el curso deductivo del pensamiento se interrumpe, de pronto, para dejar paso al "inductivo", y el examen inductivo saca a la luz el eslabón que la deducción no podía encontrar, colma la laguna en el movimiento "lógico" de la reflexión, laguna que formalmente no podía colmarse.

La única mercancía que, al mismo tiempo, "encaja" bajo la ley del valor y —sin "infracción" alguna de la misma— hace posible y necesario el hecho directamente opuesto a ella (la plusvalía), esa única mercancía, es la fuerza de trabajo. El uso de esta mercancía peculiar es, simultáneamente, producción de la mercancía en general, es

decir, valor. De nuevo se revela la coincidencia de determinaciones antinómicas en el concepto del hecho, como característica lógica esencial del concepto. Aquí, como en todas partes cuando se trata del desarrollo dialéctico de las determinaciones, la contradicción teórica ("lógica"), la paradoja, resulta ser la forma de planteamiento del problema, problema susceptible de solución concreta por vía de la ulterior investigación del material empírico. El movimiento de la reflexión al considerar los hechos, se convierte aquí en movimiento dirigido a un fin y rigurosamente sistemático, "deductivo", y el paso de una categoría a otra no es arbitrario, sino objetivamente condicionado. Semejante "deducción" sólo se hace posible porque no tiene como fundamento una determinación abstracta-general", sino un concepto que incluye en sí la unidad concreta de las determinaciones contradictorias, es decir, un concepto concreto-general.

A la luz de esta tesis se hace evidente una peculiaridad más de la "deducción" de las categorías en *El Capital*. Cada sucesiva categoría concreta se presenta como forma de las contradicciones que el análisis reveló en la composición de las categorías precedentes, e interviene como proceso de complejización de aquella cadena de eslabones mediadores, de aquellas "metamorfosis", a través de los cuales deben pasar los dos polos del valor, primitivamente revelados, en el proceso de su transformación recíproca. La formación del sistema de relaciones (y de las categorías que las expresan) se presenta como proceso de acrecentamiento de la "tensión" entre los dos polos de la categoría inicial. El curso de la transformación recíproca de las oposiciones inherentes a la forma mercancía (es decir, el valor de uso y el valor de cambio), va haciéndose cada vez más dilatado y complejo, más complicado. Sin embargo, las formas polares de expre-

sión del valor, tendiendo la una a la otra, quedan siempre como puntos extremos, entre los que surgen nuevas y nuevas formas de relaciones.

De este modo, todas las relaciones particulares, y las categorías en que se reflejan, aparecen en el curso del análisis como diferenciaciones nacidas en el seno de una y misma sustancia concreta-universal: la organización capitalista del trabajo. Como formas concretas de esta organización, como sus "modificaciones". Con lo que la misma categoría de sustancia (que en el caso que nos ocupa es el trabajo, pero no simplemente el trabajo, sino una forma del mismo históricamente determinada) se presenta como categoría internamente contradictoria, que alberga en su seno la génesis necesaria de nuevos y nuevos "modos", de formas particulares de desarrollarse y manifestarse. De ahí que todo concepto, tanto el inicial como cada uno de los derivados, se caracteriza como unidad concreta de determinaciones contradictorias, y no como un indistinto abstracto-general, no como simple reflejo de lo "idéntico" en una serie de fenómenos. Lo universal, es decir, la ley, se produce en la realidad (y por eso también en la lógica de los conceptos que reflejan tal realidad) a través de la unidad concreta, o sea, mediante la transición, la transformación de unas oposiciones en otras. En virtud de ello, lo universal se revela a través de la unidad (identidad), dialécticamente contradictoria, de necesidad y casualidad (por ejemplo, en el análisis de la relación entre valor y precio), esencia y fenómeno (plusvalía y ganancia), características cualitativas y cuantitativas (trabajo concreto y trabajo abstracto), etcétera.

Dicho de otro modo, la lógica de *El Capital* constituye todo el sistema de categorías de la lógica, de determinaciones universales de la naturaleza, la sociedad y el

mismo pensamiento, comprendidas en su unidad dialécticamente contradictoria, en sus transiciones. La dialéctica, como doctrina —la más completa y amplia— del desarrollo a través de las contradicciones: esto es la lógica de *El Capital*. De ahí que la exposición sistemática de la lógica de *El Capital* coincida íntegramente con la exposición sistemática de la dialéctica materialista.

Los problemas de la estética en "El Capital"

Marx abordó en *El Capital* de manera original una serie de problemas cardinales de la estética. Ya en sus primeros escritos de los años cuarenta, avanzaba una nueva concepción materialista del trabajo humano como premisa inicial para la construcción de su sistema filosófico. Marx puso de relieve que el trabajo, en su contenido universal, es el modo de autogénesis y autodesarrollo del hombre social en el proceso de transformación práctico-material de la naturaleza. Sobre la base de esta idea aparecieron por primera vez posibilidades de solución teórica de la contradicción entre actividad artística y trabajo material. Entre la práctica social, tomada en su desarrollo universal, y la creación "según las leyes de la belleza", existe una coincidencia, una identidad dialéctica: tal fue la idea expuesta por Marx ya en sus primeros trabajos.

El trabajo humano, al transformar objetos y fenómenos del mundo exterior de acuerdo con sus propias leyes, no lo realiza arbitrariamente, sino en correspondencia con la necesidad objetiva, natural. La transformación de las circunstancias exteriores de la vida coincide con la formación del hombre como ser social. Todas estas determinaciones del trabajo humano, en sus relaciones con la naturaleza y las leyes naturales, dadas por Marx, tienen gran significación para la estética. Comenzando por Kant y Rousseau, la estética partía, en sus conside-

raciones sobre la belleza y otros fenómenos de su esfera, de la relación con la naturaleza construida como puro sentimiento contemplativo; partía de la simple oposición del hombre y la naturaleza.

Teniendo presente que la esencia, la naturaleza objetiva del trabajo humano, presupone que "...el obrero disfrute de él como de un juego de sus fuerzas físicas y espirituales", Marx subraya al mismo tiempo la necesidad de "esa voluntad consciente del fin a que llamamos atención", en la misma medida en que el trabajo pierde aquella propiedad orgánica que lo hace atractivo para el obrero. En la medida en que el sentido y el interés del trabajo se trasladan del goce de su propio proceso a un fin económico —el salario—, en esa medida el trabajo pierde su carácter estético, libre, y se distancia de las exigencias internas de la personalidad.

Bajo el ángulo de esta nueva comprensión del trabajo, Marx logró percibir, tras esa forma específica, particular, de la actividad humana que es el arte, su forma universal: el trabajo creador del hombre. Mostró que precisamente en la esfera del arte —de la actividad que transforma el mundo "según las leyes de la belleza", por el poder de la imaginación— se expresa el contenido universal del trabajo como vía de desarrollo de la libertad humana, la cual se realiza en el interior de la misma práctica material sólo como tendencia dominante, haciéndose efectiva en la historia a través de mil desviaciones y metamorfosis. En *El Capital,* Marx somete a detallado examen científico una de esas metamorfosis históricas del desarrollo social: la forma burguesa. Al investigar en todos los aspectos la estructura económica de la producción capitalista, se esclarece simultáneamente la relación, determinada por esas condiciones históricas, en que el hombre se ve colocado respecto al mundo creado por su propio

trabajo. Marx enuncia en *El Capital* el conjunto de problemas conectados con la situación de la producción artística en el sistema de relaciones burguesas. Con la particularidad de que la actividad artística se presenta como una especie de "modelo" de la relación, socialmente desarrollada, del hombre y el objeto, "modelo" que en principio es incompatible con las relaciones engendradas por el modo burgués de producción.

"...La producción capitalista es hostil a determinadas ramas de la producción espiritual como, por ejemplo, el arte y la poesía". Esta idea es uno de los momentos esenciales de la crítica marxista del régimen burgués. Ya en la introducción a sus manuscritos de 1857-1858, Marx aludió a que determinados períodos de florecimiento del arte "...no están en correspondencia con el desarrollo general de la sociedad y, por consiguiente, tampoco con el desarrollo de su base material, la cual constituye algo así como el esqueleto de la organización social".

El modo capitalista de producción, que globalmente considerado implica un paso gigantesco de la humanidad en la vía del progreso, pierde en el dominio de la cultura estética, precisamente, posibilidades valiosísimas para el desarrollo de la capacidad creadora de la personalidad humana, posibilidades que eran propias a los regímenes esclavista y feudal, e incluso al régimen de la comunidad primitiva.

Las formaciones sociales precapitalistas, de las que eran típicos los lazos patriarcales, estrechamente locales, entre los hombres, creaban premisas para una visión más integral del mundo que la sociedad burguesa. En esas épocas, "...el individuo no había roto todavía el cordón umbilical que le une a la comunidad o la tribu, de la que forma parte como la abeja de la colmena". La pequeña produción artesanal creaba condiciones, aunque limitadas,

para la exteriorización de la potencialidad creadora del trabajo, "...para el desarrollo de la producción social y de la libre individualidad del propio trabajador". En el marco del modo capitalista de producción, la universalidad, por primera vez alcanzada, de la vinculación del hombre a la realidad, entra en contradicción insoluble con la individualidad limitada, privada de actividad creadora, mutilada por la división burguesa del trabajo. No es casual que Marx asemejara el progreso humano en las condiciones de la sociedad clasista al "...repulsivo ídolo pagano que no deseaba beber el néctar más que en las calaveras de los muertos".

La forma económica en que existe el trabajo bajo el capitalismo, así como la forma de consumo que le corresponde —la cual se reduce a la apropiación privada del objeto— no puede, en principio, extenderse a la actividad artística sin quebrantar el mismo fundamento de ésta. El trabajo asalariado presupone, ante todo, la separación de los productores directos de todas las condiciones materiales de trabajo. Lo que a su vez está en conexión con la forma antagonista-burguesa de división del trabajo, con la separación del trabajo de sus potencias espirituales, con la asolación del trabajo vivo, con el imperio del trabajo muerto, materializado, sobre el vivo, con el sometimiento de la conciencia social al fetichismo de la mercancía. El arte se opone, precisamente, a todo este sistema de relaciones, puesto que separar del artista las condiciones materiales de su actividad es tan absurdo como la "separación económica" del cantante de sus cuerdas vocales. En esto consiste, esencialmente, la hostilidad del capitalismo al arte.

Las producciones artísticas resultan irreductibles al trabajo abstracto, indiferente a la originalidad de los géneros individuales de actividad. Sus valores de uso

no pueden intercambiarse, puesto que en su unicidad e irrepetibilidad se contiene todo su valor social. De ahí que en las condiciones de la economía burguesa el trabajo del artista resulte necesariamente improductivo: al no poseer valor no puede servir de fuente de plusvalía. Y la producción de plusvalía es el único criterio de la productividad del trabajo en la sociedad burguesa. "El que hace pianos reproduce el capital, el pianista no hace más que cambiar su trabajo por una gratificación".

La hostilidad del capitalismo a la creación artística se revela no menos tajantemente en la esfera del consumo. Cualquiera de las formas de relación con el objeto que presupone el mundo de los valores artísticos, resulta incompatible con el imperio del principio de la propiedad privada, según el cual la posesión del objeto se identifica con el acto de posesión jurídica del mismo. La misma existencia de bienes artísticos supone el despliegue multifacético de la personalidad humana, se dirige al sentimiento estético desarrollado. Por eso el consumo de la producción artística no puede separarse de la capacidad del hombre para asimilar activamente el objeto de arte, de su capacidad para mantener, a través del objeto, una suerte de diálogo con el creador en el lenguaje específico del arte.

Las obras de arte son siempre objetos de interés social. Es una cualidad que reside en su propia naturaleza. De ahí que la forma de posesión privada —la única reconocida en la sociedad burguesa— no pueda aparecer más que como forma directamente contraria a la naturaleza del arte. Todo el conjunto de relaciones entre el creador y el consumidor de productos artísticos descubre, de hecho, el fetichismo de la comprensión burguesa de la riqueza. En efecto, "...una vez abandonada la estrecha forma burguesa, ¿qué es la riqueza sino la universalidad

de necesidades, capacidades, goces, poderes de producción, etc., de los individuos...? ¿qué es sino la explicación plena de sus facultades creadoras, sin otro requisito previo que la evolución histórica precedente, que hace de la totalidad de esta evolución... un fin en sí mismo?".

El análisis circunstanciado de las contradicciones del desarrollo de la actividad artística en el marco del modo burgués de producción, conduce a Marx a la conclusión de que también en esta esfera el capitalismo, llevando las contradicciones a su grado extremo, crea al mismo tiempo las premisas reales para su superación en la sociedad comunista. La misma producción material bajo el capitalismo hace, cada vez en mayor grado, que la formación de un tipo de obrero con capacidad creadora, multifacéticamente desarrollado, se convierta en una nececidad vital, acuciante. "...La gran industria, a vuelta de sus catástrofes, erige en cuestión de vida o muerte la diversidad y el cambio en los trabajos, obligando, por tanto, a reconocer como ley general de la producción social... la mayor multiplicidad posible de los obreros. Convierte en cuestión de vida o muerte... el sustituir al individuo parcial, simple instrumento de una función social de detalle, por el individuo desarrollado en su totalidad, para quien las diversas funciones sociales no son más que otras tantas manifestaciones de actividad que se turnan y relevan". Esta tarea sólo puede ser realizada mediante la impresión de la propiedad privada capitalista y la superación de las formas antagonistas de división del trabajo. La solución de esta tarea histórica aparta todos los obstáculos, ligados al falseamiento de la vida social, que entorpecen el libre desenvolvimiento del talento artístico. A la sociedad comunista "...corresponde la instrucción científica, artística, etc, de los individuos, en su tiempo libre, con los medios ya puestos al alcance de todos.

Bibliografía

Rosental M. M.—*Problemas de la dialéctica en "El Capital" de Marx*. Moscú, 1955; traducción española: Ediciones Pueblos Unidos, Montevideo, 1961.

Ilienkov E. V.—*"Dialéctica de lo abstracto y lo concreto en "El Capital de Marx"*. Moscú, 1960. En ruso.

Rosenberg D. I.—*"Comentarios al primer libro de 'El Capital"*. Moscú, 1961. En ruso.

Rosenberg D. I.—*Comentarios al segundo y tercer libros de 'El Capital"*. Moscú, 1961. En ruso.

Reuel A. L.—*Indice de nombres y temático, correspondiente al primer libro de "El Capital"*. Moscú, 1959. En ruso.

Lifshits M.—"Marx y los problemas del arte". En la selección: *Problemas del arte y la filosofía*. Moscú, 1935. En ruso.

F. Mehring.—"Perfil literario de C. Marx". En su libro: *Artículos crítico-literarios*, t. 2. Moscú-Leningrado, 1934, págs. 533–537.

* * *

En este trabajo han colaborado, también, V. Vigodski, V. Bikov, Y. Trubitsin, E. Ilienkov y Y. Razhitnov.

G. Ardaicv y otros

EL CAPITALISMO

El capitalismo es la última formación económica-social antagónica de la historia de la humanidad. Fundada en la explotación del hombre por el hombre, ha reemplazado al feudalismo y precede al comunismo. "El capitalismo —dice Lenin— es la producción mercantil en su más alto grado de desarrollo, cuando la misma fuerza del trabajo se convierte en mercancía".

Aparición de capitalismo

El capitalismo nació en el seno del feudalismo. "La estructura económica de la sociedad capitalista brotó de la estructura económica de la sociedad feudal. Al disolverse ésta, salieron a la superficie los elementos necesarios para la formación de aquélla".

Las relaciones capitalistas comenzaron a constituirse, ante todo, en las ciudades medievales, las cuales se formaron como resultado del desarrollo del comercio y de la industria artesanal. Entre las ciudades, que habían crecido en las tierras pertenecientes a los señores feudales, y el campo, cuya producción conservaba el carácter feudal, surgieron contradicciones antagonistas, que se desarrollaron ulteriormente en la contradicción entre la ciudad y el campo, inherente al capitalismo. Se formó la clase de la burguesía urbana, constituida por los mercaderes, los prestamistas y los maestros más ricos de los gremios. "Aunque los primeros indicios de producción capitalista se presentan ya, esporádicamente, en algunas ciudades del Mediterráneo durante los siglos XIV y XV, la era capitalista sólo data, en realidad, del siglo XVI".

En alianza con el poder real, la burguesía y los elementos aburguesados del feudalismo aceleraron el desarrollo del capitalismo. La esencia de la acumulación originaria del capital (siglos XVI a XVIII) consistió en privar por la violencia al pequeño productor (ante todo al campesino) de sus medios de producción, y en la constitución de la gran propiedad capitalista. El capitalismo vino al mundo "chorreando sangre y lodo por lo todos los poros..." Los

principales medios de acumulación de riquezas por la burguesía fueron la conquista y el saqueo de colonias, el comercio de esclavos, los empréstitos estatales, el sistema de arriendos y el proteccionismo estatal.

Habiéndose convertido en una clase social fundamental, la burguesía seguía en los primeras tiempos privada de derechos políticos. La producción capitalista estaba constreñida por las formas políticas feudales del medievo, y desbordaba ya esas formas. A medida que crecía su fuerza económica, la burguesía aspiraba a conquistar el poder político, entrando en contradicción cada vez más aguda con el absolutismo.

En el siglo XVI la producción capitalista había alcanzado un desarrollo relativamente importante en varios países de Europa Occidental. La cooperación capitalista simple fue sustituida por la manufactura, basada en la división del trabajo. La base manufacturera del desarrollo capitalista abarca los siglos XVI al XVIII. Pero dado que la manufactura se basaba en el trabajo manual, no creaba aún las condiciones para la subordinación efectiva del trabajo al capital.

El fin de la base manufacturera del capitalismo fue el período de las revoluciones burguesas, las cuales instauraron el poder político de la burguesía y despejaron el terreno al ulterior desarrollo capitalista. La primera revolución burguesa tuvo lugar a fines del siglo XVI en los Países Bajos. En 1642-59, se produjo la revolución inglesa, y en 1789-94 la francesa. En una serie de países europeos, las revoluciones burguesas se iniciaron a mediados del siglo XIX o comienzos del XX. En el fondo, la revolución burguesa no fue llevada en ningún país hasta sus últimas consecuencias. Por miedo al pueblo, la burguesía triunfante fue al compromiso con las fuerzas de la vieja sociedad.

El capitalismo premonopolista

En su cambio histórico, el capitalismo recorre dos fases de desarrollo: premonopolista y monopolista. En la primera es característica la libre competencia. En la segunda el que la libre competencia es sustituida por el dominio de los monopolios.

Al transformar las superestructuras políticas, la revolución burguesa despejó el terreno —como hemos dicho— al desarrollo del modo capitalista de producción. Tuvo lugar el paso a la gran producción maquinista, que era la base adecuada para el modo burgués de producción. Este paso constituía el contenido de la revolución industrial que se inició en Inglaterra a mediados del siglo XVIII y se extendió más tarde a otros países. La revolución industrial modificó de manera radical, tanto la base técnica de la producción como las relaciones económico-sociales. La supeditación formal del trabajo al capital fue sustituída por la supeditación real. Se produjo la separación completa entre la industria y la agricultura. Las formas de producción precapitalistas recibieron un golpe decisivo. Brotaron las ciudades capitalistas, los centros industriales. Se modificó el carácter de la burguesía, pasando a desempeñar en ella el papel principal el fabricante-industrial. La producción fabril determinó la brusca agravación de la miseria masiva. Las consecuencias inevitables de la revolución industrial fueron la sustitución de obreros por mujeres y niños, la disminución del salario real, la intensificación radical del grado de explotación,

la aparición del paro masivo. La revolución industrial agravó grandemente las contradicciones del capitalismo. Su consecuencia fundamental fue la formación del proletariado moderno, llamado a cumplir la misión histórica de sepulturero del capitalismo y creador de la sociedad nueva, socialista.

A mediados del siglo XIX tiene lugar la transformación del proletariado de "clase en sí" en "clase para sí", la creación del partido revolucionario de la clase obrera (la Liga de los Comunistas, 1847), encabezado por Marx y Engels, y la elaboración de la ideología científica del proletariado, el marxismo. En el *Manifiesto del Partido Comunista* (1848) se hizo el análisis científico de la sociedad capitalista, se puso de manifiesto su esencia, se fundamentó la inevitabilidad de su hundimiento y se definieron las vías para la construcción de la nueva sociedad. El capitalismo desarrolló hasta límites sin precedentes las fuerzas productivas, y en comparación con las anteriores formaciones económico-sociales amplió en un grado colosal el poder del hombre sobre la naturaleza. Pero el desarrollo de las fuerzas productivas bajo el capitalismo transcurre en formas antagonistas. Se realiza a costa de los productores directos: la clase obrera y las otras capas trabajadoras.

El capitalismo destruyó las relaciones feudales y patriarcales, rompió los vínculos entre los hombres basados en la dependencia personal, y los reemplazó por las relaciones fundadas en el dinero. El capitalismo sometió plenamente el campo a la ciudad, creó las grandes urbes, aumentó radicalmente la población urbana a costa de la rural, y arrancó "a parte importante de la población del idiotismo de la vida aldeana". El capitalismo se expandió por todo el globo terráqueo, incluyendo a los pueblos que se encontraban a niveles más atrasados de desarrollo, al

torbellino del mercado mundial. El capitalismo acabó con el fraccionamiento feudal, realizando la concentración política; nacieron las naciones burguesas y los Estados nacionales centralizados.

Los fundadores del marxismo hicieron un análisis multilateral del capitalismo en varias de sus obras y, ante todo, en *El Capital.* Marx descubrió la ley económica del movimiento de la sociedad capitalista. Aplicando el materialismo dialéctico a la economía política, Marx realizó una revolución radical en esta ciencia, creando la economía política proletaria, plenamente científica. Elaborando en todos los aspectos y fundamentando la teoría del valor por el trabajo, cuya base inicial habían creado los representantes de la economía política burguesa clásica, Smith y Ricardo, Marx descubrió el secreto de la explotación capitalista. La doctrina de la plusvalía constituye la piedra angular de la economía política marxista del capitalismo. Marx demostró que el capital es valor que produce plusvalía mediante la apropiación de trabajo ajeno no pagado. La apropiación de la plusvalía por los capitalistas tiene lugar gracias a que los medios de producción y los medios de existencia están monopolizados en propiedad por una reducida clase de capitalistas, mientras que las masa de productores directos se ve privada de las condiciones de producción. Por consiguiente, la fuerza de trabajo de los productores directos no puede encontrar aplicación en el proceso productivo más que si se vende a los capitalistas. El obrero, mediante la venta de su única mercancía, su fuerza de trabajo, obtiene un salario que, por lo general, es inferior al valor de la fuerza de trabajo. El valor de ésta y el valor nuevo creado por el obrero en el proceso de la producción son magnitudes distintas. Una vez descontado el valor pagado al obrero

en forma de salario, al capitalista le queda la plusvalía creada por las manos del obrero.

La forma general del capital —la forma dinero— significa que en el capitalismo todo dueño de dinero es, potencialmente, dueño de cualesquiera condiciones de producción cuyo valor sea equivalente a esa suma de dinero. El fetichismo del capital, que es el desarrollo del fetichismo de la mercancía y del dinero, enmascara la esencia de la explotación capitalista. La ideología burguesa atribuye un carácter eterno e inmodificable a la propiedad privada. Asimila todas las formas históricas de la propiedad bajo la categoría de la propiedad privada capitalista, declarando que el hacha de piedra en manos del hombre primitivo es la primera forma de existencia del capital. Para montar la guardia de la propiedad está toda la fuerza del Estado burgués. Los ideólogos del capitalismo niegan el hecho de que la propiedad privada sea la base de la explotación del hombre por el hombre. Las teorías más típicamente burguesas pretenden explicar el origen de la ganancia capitalista no por la explotación de los obreros, sino por características propias del capital.

Mostrando la falsedad de las teorías burguesas apologéticas, Marx reveló la naturaleza de la explotación capitalista. La plusvalía es la fuente de todos los ingresos no provenientes del trabajo, tanto de la burguesía como de sus parásitos. La caza de la plusvalía determina todo el movimiento del modo capitalista de producción: ampliación de la producción, desarrollo de la técnica, intensificación de la explotación de los obreros, anarquía de la producción social, exacerbación de la competencia entre capitalistas, profundización de las concentraciones capitalistas, enorme despilfarro de la riqueza social. "La producción de plusvalía, la obtención de lucro: tal es la ley absoluta de este sistema de producción".

El carácter explotador de la producción capitalista y sus leyes condicionan el crecimiento ininterrumpido y la exacerbación de las contradicciones propias a este régimen. Con la expansión del capitalismo la gran producción aplasta a la pequeña, millones de pequeños productores de mercancías se arruinan, transformándose en trabajadores asalariados. Ruina y empobrecimiento lleva también el capitalismo a las grandes masas campesinas. En un polo de la sociedad se acumulan las riquezas, mientras que en el otro polo se acumula la miseria. Masas enormes de personas son condenadas a una explotación brutal, a todo género de privaciones, a una creciente inseguridad en su existencia. El paro, llegando a magnitudes catastróficas durante las crisis, es el satélite inevitable del capitalismo.

Con el desarrollo del capitalismo la producción adquiere un carácter social cada vez más marcado. El capital agrupa a cientos y miles de gentes para trabajar conjuntamente en las grandes empresas; con el aumento de la división social del trabajo, se multiplican los vínculos entre un gran número de empresas; los innumerables procesos productivos, dispersos por ramas, empresas, especializaciones, se funden cada vez más en un único proceso productivo social. Pero al mismo tiempo que posee un carácter social, la producción capitalista permanece bajo el control de los propietarios privados de los medios y condiciones de producción, los cuales se apropian los resultados de aquélla. En esto consiste, la contradicción fundamental del capitalismo, la cual se exterioriza en toda una serie de otras contradicciones: entre trabajo y capital; entre la relativa organización de la producción en cada empresa y la creciente anarquía de la producción a escala de toda la sociedad; entre la tendencia, inherente al capitalismo, a la ampliación ilimitada de la producción

y los límites de la demanda solvente. Las contradicciones fundamentales del capitalismo se manifiestan en las crisis económicas cíclicas, de superproducción. Siendo el resultado y, al mismo tiempo, la fórmula de superación violenta, de las contradicciones capitalistas, las crisis conducen a la ulterior profundización de dichas contradicciones. Testimonian que el capitalismo ya no puede dominar las fuerzas productivas que él mismo ha engendrado. Las crisis revelan claramente la inevitabilidad de la muerte del capitalismo, convertido en obstáculo al desarrollo de la sociedad.

La clase dominante en la sociedad capitalista es la burguesía, la cual actúa como una clase unificada de explotadores, que extrae de los obreros plusvalía y la reparte entre sí. En tanto que clase explotadora, la burguesía se enfrenta a la clase obrera privada de los medios de producción. Lo que más intensamente sufre la clase obrera son las contradicciones de la producción capitalistas: crisis, paro, miseria. La fuerza, el número y la organización de la clase obrera crecen a medida que se desarrolla el capitalismo.

Además de la burguesía y de la clase obrera —que son las dos clases fundamentales de la sociedad burguesa— bajo el capitalismo se conservan clases heredadas del feudalismo. El "capitalismo puro" es una abstracción, y en la realidad el dominio del capitalismo se combina con la conservación de numerosos residuos de las relaciones precapitalistas. De la sociedad feudal pasa al capitalismo el campesinado, que salvo una capa acomodada de burguesía agraria representa una clase de trabajadores explotados. El campesinado que trabaja en su parcela y no utiliza trabajo asalariado constituye una capa numerosísima de pequeña burguesía agraria. Los artesanos, los pequeños comerciantes, forman la peque-

ña burguesía urbana. Secuela inevitable del capitalismo es la existencia de una capa más o menos numerosa de elementos desclasados, el llamado "lumpen proletariado". En numerosos países capitalistas se conserva, heredada del feudalismo, la aristocracia terrateniente. A medida que el capitalismo se desarrolla, esta clase se aburguesa: en parte se convierte en rentista, capitalizando su propiedad agraria, y en parte en capitalistas-empresarios, tanto en la agricultura como en la industria.

La tendencia fundamental de desarrollo de la estructura clasista de la sociedad capitalista consiste en la polarización de la sociedad en dos clases fundamentales, la erosión de las capas intermedias y la transformación de todo trabajo en trabajo asalariado. La contradicción clasista fundamental del capitalismo es la contradicción irreductible entre clase obrera y burguesía, la cual se expresa en una encarnizada lucha de clases que representa la principal fuerza dinámica del desarrollo de la sociedad capitalista. En la lucha contra la burguesía, el proletariado establece alianza con el campesinado y con todos los trabajadores, actuando como su dirigente reconocido.

A medida que progresa la industria, la ciencia, la técnica y la cultura, se incrementa en la sociedad capitalista una amplia capa de trabajadores intelectuales. Esta intelectualidad no es homogénea; en el curso de la lucha de clases su sector avanzado pasa al lado de la clase obrera, mientras que su capa superior se adhiere a la burguesía.

La burguesía está desgarrada por numerosas contradicciones internas que son engendradas por los intereses diversos de determinados grupos y capas de la clase propietaria. Pero contra la clase obrera la burguesía actúa como una fuerza unificada. Moviliza todos sus aliados, se esfuerza en dividir a la clase obrera, en aburguesar

a su capa superior, y utiliza contra los obreros todo el poder del Estado.

En la época premonopolista el Estado capitalista "...no es más que el comité que administra los intereses generales de toda la clase burguesa". Bajo diferentes formas, el Estado burgués es siempre el instrumento de dominación de la burguesía, su instrumento de represión contra las masas trabajadoras. Los derechos democráticos conquistados por las masas proletarias no son efectivos más que cuando no ponen en peligro los fundamentos del régimen capitalista. Por consiguiente, la democracia burguesa tiene, de manera inevitable, un carácter formal y limitado. Sirve de cobertura a la esclavitud asalariada y a la dictadura de la burguesía. Pese a lo cual, la clase obrera lucha bajo el capitalismo por las formas democráticas de su vida política, dado que ofrecen determinadas posibilidades para la creación y actividad de las organizaciones obreras, para la organización de las fuerzas proletarias, con vistas al derrocamiento revolucionario del capitalismo.

El derecho burgués, fundado en el principio de la inviolabilidad de la propiedad privada, dirige todo su filo contra la clase obrera, en defensa del orden burgués. Y la ideología burguesa, en todas sus manifestaciones sirve a la protección de las ya caducas relaciones capitalistas.

El capitalismo monopolista

En el último tercio del siglo XIX se produce el paso del capitalismo premonopolista al monopolista, al capitalismo imperialista. El análisis marxista del imperialismo fue hecho por Lenin. La teoría leninista del imperialismo, así como el desarrollo por Lenin de la teoría de la revolución socialista, constituyen una parte esencial del leninismo, el cual es el marxismo de la nueva época histórica, la época de la destrucción del capitalismo y del paso revolucionario a la nueva formación superior, la formación comunista.

El paso al imperialismo fue preparado por la acción de las leyes económicas del capitalismo, por todo el curso del desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción de la sociedad burguesa, y por la expansión del capitalismo a todo el planeta. Bajo la acción de la libre competencia se produjo la concentración de la producción y del capital, concentración que englobó también al sector bancario. Aparecieron poderosos monopolios en la industria y en la banca. En busca de inversiones ventajosas, el capital se lanzó en gran escala fuera de sus fronteras nacionales. Monopolios gigantescos se repartieron entre sí el mercado mundial. Las conquistas coloniales culminaron en el reparto territorial del mundo. El fundamento económico más profundo del imperialismo es el monopolio. Atendiendo a su esencia económica, el imperialismo es, por tanto, capitalismo monopolista. El

imperialismo es la base monopolista del capitalismo: tal es su definición sucinta.

Sobre la base de un profundo análisis científico, Lenin puso de relieve los cambios que habían tenido lugar en la economía del capitalismo, y mostró las transformaciones que esos cambios habían engendrado en las esferas política, jurídica, y otras de la superestructura. Puso de manifiesto que el dominio de los monopolios implicaba un salto cualitativo en el desarrollo del capitalismo, penetrando todos los aspectos de la vida social y determinando el paso a una nueva fase, a la fase monopolista. Su teoría del imperialismo la construyó Lenin sobre la base del análisis realizado por Marx del capital, el cual había demostrado que la libre competencia engendra la concentración de la producción. Llegado a un determinado nivel, ese proceso lleva al monopolio. Lenin descubrió la conexión y la interrelación entre las características económicas fundamentales del imperialismo. "El imperialismo es el capitalismo en la fase de desarrollo en que ha tomado cuerpo la dominación de los monopolios y del capital financiero, ha adquirido señalada importancia la exportación de capitales, ha empezado el reparto del mundo por los *trusts* internacionales y ha terminado el reparto de toda la Tierra entre los países capitalistas más importantes". Analizando estos cinco rasgos esenciales del imperialismo, Lenin lo situó históricamente, llegando a la conclusión de que el imperialismo es una fase especial del capitalismo, con una triple particularidad. El imperialismo es capitalismo: 1) monopolista, 2) parasitario (en descomposición y, 3) agonizante. El imperialismo es el umbral de la revelación socialista; agrava al extremo las contradicciones esenciales del capitalismo y todas las demás contradicciones del régimen burgués, las cuales no pueden resolverse sino por la revolución socialista.

Lenin realizó un profundo análisis de la ley del desarrollo desigual, económico y político, del capitalismo bajo el imperialismo, llegando a la conclusión de que era posible la victoria de la revolución socialista primero en un sólo país capitalista, tomado separadamente.

El imperialismo es la época del capital financiero. "Concentración de la producción —dice Lenin—; monopolios que se derivan de la misma; fusión o ensambladura de los bancos con la industria: tal es la historia de la aparición del capital financiero y lo que dicho concepto encierra". La exportación de capital, la explotación de las colonias por los monopolios internacionales, el reparto del mundo entre los Estados imperialistas, al intensificar extraordinariamente el desarrollo de las conexiones económicas entre las diversas regiones del globo, tienen como consecuencia la formación del sistema capitalista de la economía mundial, el cual significa la unificación de mundo sobre bases capitalistas. Semejante sistema se caracteriza por una división del trabajo constituida espontáneamente, por la existencia del mercado mundial capitalista, la dominación de las relaciones capitalista de producción a escala de todo el sistema, y la posición dominante, monopolista, de los Estados capitalistas desarrollados. La unificación en el sistema mundial capitalista se realiza sobre una base antagónica, monstruosa; bajo la forma de explotación de la mayoría aplastante de la población del globo por un puñado de rapaces capitalistas.

En la fase monopolista del capitalismo, la explotación del trabajo por el capital se complementa con la explotación de la mayoría aplastante de la humanidad —los pueblos de los países coloniales y semicoloniales— por el capital financiero de las metrópolis. De aquí se desprende que el hundimiento del capitalismo se produce como resultado de dos procesos: 1) la lucha revolucionaria de

la clase obrera por el socialismo y 2) la lucha nacional-liberadora de los pueblos esclavizados por el imperialismo, contra el colonialismo, por la independencia nacional.

"El imperialismo surgió como desarrollo y continuación directa de las propiedades fundamentales del capitalismo en general" (Lenin). Pero una vez nacidos, y habiendo conquistado posiciones dominantes, con su misma existencia los monopolios quebrantan y limitan la libre competencia, la niegan, actúan como su opuesto. El paso del capitalismo desarrollado al imperialismo es la transformación de lo cuantitativo en nueva cualidad; es un nuevo nivel en el desarrollo del capitalismo, "...cuando tomaron cuerpo y se manifestaron en toda la línea los rasgos de la época de transición del capitalismo a una estructura económica y social más elevada" (Lenin). Los monopolios se convierten en motor de ulteriores transformaciones en las relaciones sociales. Las leyes inherentes al capitalismo, como formación económico-social, no son abolidas por el paso al imperialismo. Este es una superestructura sobre el viejo capitalismo. Pero, al mismo tiempo, en las condiciones del imperialismo aparecen rasgos y propiedades que son específicos de esta fase, y no existían, o sólo se manifestaban en germen, en la fase premonopolista. La forma de sociedad por acciones, que da la posibilidad de concentrar en pocas manos una masa de capitales individuales y de recursos monetarios libres, se convierte bajo el imperialismo en la forma aplastantemente predominante en las grandes empresas capitalistas. "Los capitalistas dispersos vienen a formar un capitalista colectivo", dice Lenin.

El sistema de acciones da un impulso gigantesco al desarrollo de los monopolios. En esta forma de propiedad se alberga una contradicción muy profunda: Según Marx "...equivale a la supresión del régimen de producción

capitalista dentro del propio régimen de producción capitalista". En efecto el sistema por acciones amplía colosalmente la esfera de explotación de las masas populares por el capital, pero al mismo tiempo revela gráficamente lo innecesario de la propiedad privada capitalista, su carácter parasitario, la necesidad objetiva de su sustitución por la propiedad social. El sistema de acciones refuerza en alto grado el poder del capital, dado que la posesión del paquete de control permite disponer de una gran masa de recursos ajenos, invertidos en las acciones. Hacia 1920 era necesario contar, al menos, con 40 por ciento de las acciones para tener el control de una sociedad anónima. A partir de 1950 basta con el 10 por ciento, e incluso el 5 por ciento. La utilización de capitales ajenos reporta a los monopolios ganancias gigantescas. En efecto, las cuentas de ahorro personal en los Bancos proporcionan del 2 al 5 por ciento de interés por año, las acciones un dividendo del 4 al 12 por ciento, y las grandes inversiones, que aseguran el control sobre las sociedades del 25 al 30 por ciento. La difusión del sistema de acciones dio a luz la teoría apologética burguesa de la "democratización del capital", así como su novísima variante, la teoría del "capitalismo popular". Quitando la máscara a esa teoría, Lenin escribió: "La «democratización» de la posesión de las acciones, de la cual los sofistas burgueses y los oportunistas «que también son socialdemócratas» esperan (o afirman que esperan), la «democratización del capital», el acrecentamiento del papel y de la importancia de la pequeña producción, etc, es en realidad uno de los medios de reforzar el poder de la oligarquía financiera."

Con el paso al imperialismo se producen determinadas mutaciones en la estructura de clases de la sociedad. La dominación del capital financiero se personifica en la

oligarquía financiera —la gran burguesía monopolista—, que somete a su control una parte aplastante de la riqueza nacional de los países capitalistas y se adjudica la parte del león del conjunto de la plusvalía mediante los grandes beneficios monopolistas y todo género de especulaciones. El ritmo de acumulación de riquezas en manos de esta oligarquía financiera se acelera extraordinariamente. De 1935 a 1955, el activo de los ocho grupos financieros-monopolistas más importantes de los Estados Unidos creció de 61 mil millones de dólares a 218,5 mil millones. La oligarquía financiera se convierte en una capa cada vez más reducida de la clase capitalista. En los Estados Unidos, el 0.1 por ciento de la población concentra en sus manos el 35 por ciento de todo el capital por acciones, y en Inglaterra el 0,2 por ciento de la población concentra la cuarta parte de la riqueza nacional. El grupo superior de la burguesía, que domina en la economía norteamericana, cuenta entre 15 y 20 000 personas. La oligarquía financiera de Alemania Occidental incluye unas 30 000 personas, y su capa superior poco más de 5 000.

La separación propia del capitalismo entre capital-propiedad y capital-función, alcanza bajo el imperialismo grandes proporciones. Los magnates de la industria y la finanza encomiendan las funciones principales de dirección de la producción a personas de confianza, reservándose únicamente el alto control. En este fenómeno se refleja claramente el carácter parasitario de la oligarquía financiera. Por el lugar que ocupa en el sistema de la producción social, por su actitud hacia la propiedad capitalista y los medios como obtiene sus ingresos, esa capa de administradores es parte integrante de la clase capitalista, y su grupo más elevado confina con la oligarquía financiera. El proceso de separación del capital-propiedad

del capital-función ha encontrado su interpretación apologética en la teoría burguesa de la "revolución de los administradores" (de los *managers*), que representan supuestamente una nueva clase progresista, revolucionaria, a la que pertenece el futuro.

La monopolización del poder por la oligarquía financiera lleva a la disminución del peso específico, económico y político, de la burguesía media y no monopolista. A través de los precios monopolistas y de la redistribución de la renta nacional en su favor, la oligarquía financiera se apropia parte de las ganancias de la burguesía media y no monopolista lo que provoca en ella creciente descontento contra el yugo de los monopolios.

También se producen cambios sustanciales en el número y composición de la clase obrera. Hacia 1920, en los países capitalistas desarrollados se contaban más de 30 millones de obreros asalariados; hacia 1950 más de 160 millones. El número de trabajadores asalariados en todos los países no socialistas era aproximadamente de 300 millones. Disminuyó el porcentaje de obreros no calificados y creció el de los formados profesionalmente. En los EE.UU., el tanto por ciento de los no cualificados se redujo del 34.9 por ciento en 1900 al 15,3 por ciento en 1957, y el de los formados profesionalmente pasó en ese mismo período del 35,8 por ciento al 50,6 por ciento. Apareció una capa de obreros-técnicos, que manejan máquinas complicadas, y una capa de trabajadores administrativos y del comercio. Con el incremento del progreso técnico, la extensión de los servicios y el aumento del aparato burocrático del Estado, se multiplicaron considerablemente el número y peso específico de los empleados. En 1891, a cada mil personas ocupadas en los EE.UU., correspondían 60 empleados, y en 1960 la cifra llegaba a 350. Lo mismo que los obreros que realizan un tra-

bajo manual, la mayoría de los empleados-proletarios están privados de medios de producción y obligados a vender su fuerza de trabajo a los capitalistas, apenas se diferencian de los obreros por su nivel de ingresos y sufren en el mismo grado la amenaza del paro.

El incremento del peso específico de los trabajadores de este tipo en la composición de la población activa, es presentado por la apologética reformista-burguesa como la aparición de una "nueva clase media", que supuestamente crece de manera ininterrumpida, desplaza y absorbe a la burguesía y al proletariado, y constituye la base de la "nueva sociedad sin clases". Por otra parte, la oligarquía financiera se sirve de los superbeneficios monopolistas y de la explotación de las colonias para comprar a una cierta capa de la clase obrera —la aristocracia y burocracia obreras— apoyándose en ella para la realización de la política reformista-burguesa.

Importantes transformaciones se producen también en las capas medias de la población. Se reduce de manera absoluta, en los países capitalistas desarrollados, el número de campesinos arrendatarios. La capa de pequeños productores urbanos se resquebraja y arruina, no soportando la competencia con el gran capital. Los pequeños comerciantes caen, cada vez más, bajo la dependencia del comercio monopolista al por mayor y al por menor. En la esfera de los servicios los pequeños negocios son cogidos en la red del crédito bancario. Tomado globalmente, el volumen y el papel económico de la pequeña burguesía descienden constantemente. Este proceso queda disimulado en cierta medida por la renovación masiva (ruina de unas y aparición de otras) de las pequeñas economías. Las personas de profesiones liberales y los funcionarios del aparato estatal constituyen un sector en crecimiento de las capas medias.

Las modificaciones de la estructura de clase en la época del imperialismo confirman claramente la tesis de Marx respecto a la progresiva polarización de la sociedad capitalista en dos clases fundamentales: burguesía y proletariado, con la precisión de que en términos relativos la burguesía disminuye y la clase obrera aumenta. En 1870 el porcentaje de los "autónomos", (incluida la pequeña burguesía) representaba en los EE.UU. el 30 por ciento de la población activa, y en 1954 el 13 por ciento. Por el contrario, el peso específico de los asalariados creció allí hasta el 82 por ciento, y en Inglaterra hasta el 93 por ciento. En cambio, el porcentaje de la burguesía no pasa del 1,5 al 2 por ciento.

La conclusión marxista-leninista acerca de la acentuación del parasitismo y putrefacción del capitalismo en la época del imperialismo, la confirma toda la marcha del desarrollo histórico. El capitalismo encadena el desarrollo de las modernas fuerzas productivas; los superbeneficios monopolísticos privan en gran medida al capitalista del interés por el progreso técnico; aparece la tendencia al estancamiento, a frenar el desarrollo de las fuerzas productivas. Pero este desarrollo no se interrumpe. En su lucha competitiva, los monopolios, que disponen de poderosos medios, tienen mayores posibilidades que los capitalistas medios y no monopolistas para llevar a cabo costosas investigaciones científicas y aplicarlas a la producción. "Sería un error creer que esta tendencia a la descomposición descarta el rápido crecimiento del capitalismo. No; ciertas ramas industriales, ciertos sectores de la burguesía, ciertos países, manifiestan en la época del imperialismo, con mayor o menor intensidad, ya una ya otra de esas tendencias" (Lenin).

El imperialismo representa el paso de la democracia burguesa a la reacción y la violencia en toda la línea,

tanto en política interior como exterior. El capital financiero no aspira a la libertad sino a la dominación. Los monopolios pretenden destruir, o recortar al máximo, los derechos democráticos de las masas trabajadoras, las conquistas logradas en decenios de encarnizada lucha de clases. La forma extrema de la reacción política es el fascismo, la dictadura abierta, terrorista, de los elementos más reaccionarios, chovinistas y aventureros de la oligarquía financiera. El reforzamiento de la reacción se refleja también en la militarización, que penetra todos los aspectos de la vida económica y política de los Estados imperialistas. La reacción política es consecuencia de la exacerbación de todas las contradicciones del capitalismo, de la pretensión de los monopolios de conservar el poder a toda costa. A su vez, la reacción agrava más esas contradicciones, provoca la unión y la resistencia de las masas trabajadoras. "El capitalismo, en general, y el imperialismo, en particular —dice Lenin— transforman la democracia en ilusión, pero al mismo tiempo el capitalismo engendra aspiraciones democráticas en las masas, crea instituciones democráticas, profundiza el antagonismo entre el imperialismo, que niega la democracia, y las masas que aspiran a ella".

El engendro más monstruoso de la fase imperialista del capitalismo lo constituyen las guerras imperialistas, provocadas por la lucha por los mercados, las fuentes de materias primas y las esferas de inversión de capitales; la lucha por la redistribución del mundo ya repartido. La naturaleza del imperialismo condiciona la inevitabilidad de la lucha por el dominio mundial, la cual se resuelve en forma de guerras imperialistas. Estas guerras eran inevitables mientras el imperialismo dominaba de manera absoluta el mundo entero.

En la época premonopolista el capitalismo se desarro-

lla en línea ascendente; en la época del imperialismo, en línea descendente. Así, según Lenin, "Resulta claro por qué el imperialismo es capitalismo *agonizante*, capitalismo de *transición* al socialismo; el monopolio, nacido del capitalismo, es *ya* capitalismo en trance de morir, comienzo de su paso al socialismo." La gigantesca socialización de la producción bajo el capitalismo monopolista crea las premisas materiales del socialismo. El capitalismo perece bajo los golpes de la revolución socialista, la cual venció primero en un sólo país. En lo sucesivo, el proceso histórico-universal de sustitución del capitalismo por el socialismo transcurrirá en forma de separación de nuevos y nuevos países del sistema capitalista. La muerte del capitalismo llena toda una época histórica que representa la crisis general de este régimen, crisis que abarca tanto la economía y la política como la ideología y la cultura del capitalismo.

La teoría leninista del imperialismo y la nueva teoría de la revolución socialista, fundada en aquélla, afrontaron con éxito la gran prueba de la historia. La victoria de la Revolución Socialista de Octubre en Rusia inauguró la nueva época, cuyo contenido esencial es la transición revolucionaria del capitalismo al socialismo. Se inició el proceso de "hundimiento del capitalismo en todas sus dimensiones y de nacimiento de la sociedad socialista". El capitalismo dejó de ser el sistema único de economía, el sistema que lo abarcaba todo. El crecimiento de las fuerzas del socialismo lleva a que se agraven y profundicen los antagonismos internos de la sociedad capitalista, e influye de manera cada vez más honda en el curso de su desenvolvimiento. La lucha entre los dos sistemas se convirtió en el contenido esencial de la historia de la humanidad.

En el proceso de su desarrollo el capitalismo monopo-

lista se transforma en capitalismo monopolista de Estado. La base objetiva sobre la que se produce esta transformación es la concentración de la producción y la centralización del capital en manos de los monopolios, lo que conduce al incremento multilateral de la socialización de la producción. Esta gigantesca socialización de la producción crea la posibilidad de que el capital monopolista pueda realizar el control de la economía a través de la intervención del Estado burgués en la vida económica. "Las guerras mundiales y las crisis económicas, el militarismo y las convulsiones políticas, aceleraron la transformación del capitalismo monopolista en monopolista de Estado (Programa del PCUS, 1961). Reside en que, reforzando el poder de los monopolios sobre la vida de la nación, unifica la fuerza de éstos con la fuerza del Estado en un mecanismo único, cuyos fines son: enriquecimiento de los monopolios, represión del movimiento obrero y de la lucha nacional-liberadora, salvación del régimen capitalista, desencadenamiento de guerras agresivas. En las condiciones del capitalismo monopolista de Estado, el Estado burgués interviene activamente en el proceso de reproducción en beneficio de los monopolios dominantes, tomando en sus manos —en función de las condiciones históricas concretas— determinadas empresas y ramas enteras, y procediendo a toda clase de medidas para regular las principales esferas de la vida económica. Estas medidas reguladoras del Estado burgués, la estatización de determinadas ramas de la economía, se llevan a cabo en interés de la oligarquía financiera, frecuentemente con perjuicio para otros grupos burgueses. Tal es el contenido económico del capitalismo monopolista de Estado. Su forma más completa, la que expresa el último nivel de socialización posible bajo el capitalismo, es la estatización, la nacionalización burguesa de las empresas.

Una de las formas principales de manifestación del capitalismo monopolista de Estado son las finanzas públicas y, ante todo, el presupuesto, cuyo enorme crecimiento está directamente vinculado a las guerras y la militarización, a la hinchazón del aparato burocrático, y a la intensificación de la actividad empresarial y crediticia del Estado. En la esfera de las relaciones entre el capital y el trabajo, la regularización estatal sirve como instrumento para intensificar la explotación y el pillaje de que son objeto los trabajadores, para resolver los conflictos a favor de los monopolios. El beneficio monopolista experimenta algunas modificaciones. Ahora, no sólo se extrae de la explotación de los consumidores, mediante los precios de monopolio, sino por la vía de la redistribución de la renta nacional a través del presupuesto del Estado.

Como representante de los intereses de los grupos dominantes del capital financiero, el Estado burgués apoya su acción en la potencia concentrada de aquéllos. Se produce, cada vez más acentuadamente, el entrelazamiento, la soldadura, la fusión, del aparato de los grandes monopolios y el aparato del Estado, una de cuyas formas principales es el vínculo personal. Los magnates del capital y los funcionarios estatales se funden gradualmente en una capa única, ligados por los intereses económicos y políticos generales del capital financiero. El capitalismo monopolista de Estado se desarrolla especialmente en las condiciones de guerra y de militarización de la economía. La masa principal de los pedidos del Estado va a los monopolios, los cuales obtienen de aquél grandes subsidios y privilegios fiscales. Parte de la producción se orienta al mercado estatal. "Cuando los capitalistas —escribe Lenin— trabajan para la defensa, es decir para la caja del Estado, esto ya no es —parece claro— capita-

lismo «puro», sino una forma particular de economía nacional. El capitalismo puro es producción de mercancías. La producción de mercancías es producción para un mercado libre y desconocido. Pero el capitalista que «trabaja» para la defensa, no «trabaja» en absoluto para el mercado, sino *por encargo* del tesoro público, y lo hace enteramente con dinero recibido como subsidio del Estado".

Los economistas y sociólogos burgueses, reformistas y revisionistas, intentan velar la naturaleza reaccionaria y explotadora del capitalismo monopolista de Estado, esforzándose en demostrar que éste, en calidad de supuesto órgano situado por encima de las clases, se convierte en árbitro entre el trabajo y el capital, que el capitalismo monopolista de Estado significa la conversión pacífica del capitalismo en socialismo. Los actuales economistas burgueses presentan el capitalismo monopolista de Estado como un llamado "capitalismo popular", el cual no contiene, según ellos, las contradicciones propias del capitalismo, y representa un paso en la vía hacia la sociedad que ha de realizar la justicia social. Los reformistas y revisionistas postulan la idea de que la intervención estatal, al reducir supuestamente la base económica del poder del capital financiero, abre la vía evolutiva de la transformación del capitalismo en socialismo.

Los teóricos del "capitalismo regulado" (Keynes y sus seguidores), reconociendo los vicios del mecanismo espontáneo del mercado como medio de regulación del capitalismo, presentan la intervención del Estado en la economía como el instrumento que puede evitar al capitalismo las crisis y el paro, asegurando el pleno empleo. La teoría apologética de la "economía mixta" afirma que, en las condiciones caracterizadas por el creciente papel del Estado en la economía, las formas capitalistas

y socialistas se entrelazan, con la particularidad de que las segundas van convirtiéndose en dominantes. La teoría reformista del "Estado del bienestar general" pretende que el crecimiento de los gastos públicos, destinados a algunas necesidades sociales, transforma el carácter de la economía, asegurando a todos los trabajadores un creciente bienestar.

La vida desenmascara todas esas lucubraciones. El capitalismo monopolista de Estado no cambia la naturaleza del imperialismo, no modifica la posición de las clases fundamentales en el sistema de la producción social, no lleva a la reestructuración de la economía capitalista. Se intensifica la lucha entre los monopolios, particularmente en torno a los pedidos estatales, a los subsidios y los privilegios fiscales. Aunque ejerza influencia en el proceso de reproducción, el capitalismo monopolista de Estado no acaba con la anarquía de la producción ni con las crisis. La regulación estatal no puede asegurar el desarrollo planificado de la economía a escala nacional dado que la base de la producción sigue siendo la propiedad capitalista de los medios de producción.

"...El error más generalizado está en la afirmación reformista-burguesa de que el capitalismo monopolista o monopolista de Estado *no* es *ya* capitalismo, que puede llamarse ya «socialismo de Estado», y otras cosas por el estilo" (Lenin). El capitalismo monopolista de Estado lleva a una nueva socialización de la producción y de la propiedad, la máxima posible en las condiciones del capitalismo. Con ello agrava y profundiza al extremo la contradicción fundamental del capitalismo. Al crear la posibilidad objetiva de dirección de la producción desde un centro único, el capitalismo monopolista de Estado pone más en evidencia la inevitabilidad del relevo del capitalismo por el socialismo; quebranta y conmueve el princi-

pio de la propiedad privada, sagrado para la burguesía, demostrando gráficamente que los capitalistas no son necesarios para el funcionamiento de la economía nacional. "...El capitalismo monopolista de Estado es la preparación material más completa para el socialismo, su *antesala*, un peldaño de la escalera histórica entre el cual y el peldaño llamado socialismo *no hay ningún peldaño intermedio*". (Lenin).

El siglo XX señaló el comienzo de una nueva revolución técnico-científica. Los sociólogos burgueses-reformistas pretenden presentar la cosa como si la revolución técnico-científica llevara consigo la revolución social, la llamada "segunda revolución industrial". Se habla de la "era de la abundancia", de la eliminación de las contradicciones del capitalismo. Pero las relaciones de producción del capitalismo son excesivamente estrechas para la revolución técnico-científica, y esta nueva etapa de desarrollo de la ciencia y la técnica profundiza aún más todas las contradicciones del sistema. En ciertos períodos, la renovación del capital fijo, la profundización de la especialización de la producción y el progreso en la división del trabajo, sobre la base de la nueva técnica, pueden incrementar la demanda y llevar a cierta ampliación del mercado. Sin embargo, el capitalismo es impotente para resolver el problema del mercado, porque en su ley objetiva entra que la demanda solvente de los trabajadores quede en retraso del crecimiento de la producción, lo que a su vez lleva a frenar el ritmo de desarrollo de ésta. "En última instancia, —se dice en el Programa del PCUS— el capital monopolista condena a la sociedad burguesa a un bajo ritmo de desarrollo de la producción, que apenas supera en una serie de países el crecimiento demográfico. Parte substancial del potencial productivo queda sin utilizar, mientras que fuera de las empresas existen millones de sin traba-

jo". La ley del desarrollo desigual, económico y político, del capitalismo, determina cambios en la relación de fuerzas entre los Estados imperialistas, agravando las contradicciones y la lucha entre ellos por aumentar la cuota respectiva de la masa total de plusvalía.

En las condiciones de la crisis general del capitalismo, el centro del imperialismo se desplazó —primero económicamente, y después política y militarmente— de Europa a los EE.UU. Renacieron viejos nudos de contradicciones interimperialistas, y surgieron otros nuevos. La contradicción fundamental del mundo contemporáneo —entre socialismo y capitalismo —no elimina la rivalidad entre agrupamientos capitalistas hostiles, la cual se manifiesta en el fraccionamiento en zonas cerradas, tipo "mercado común" y "zona de libre cambio", en la creación de barreras arancelarias, en la virulenta lucha por los mercados de venta, las fuentes de materias primas y las esferas de inversión de capitales. El siglo xx ha quedado marcado por dos guerras mundiales, que arrastraron en su órbita a casi toda la población del globo. Sesenta millones de vidas, destrucciones inmensas: tal es el precio que ha pagado la humanidad para que la burguesía pudiera conservar su dominación y acumular riquezas.

La cuestión de la guerra y la paz es el problema fundamental de nuestro tiempo. La naturaleza agresiva del imperialismo no ha cambiado. El campo imperialista prepara un crimen monstruoso contra la humanidad: la guerra mundial termonuclear. Pero en la época actual se ha producido un cambio radical en la relación de fuerzas, a escala mundial, en favor del campo del socialismo. En torno a éste se ha creado una zona de paz que incluye a la mayoría de los Estados no socialistas. La guerra, en esta época, ya no es faltamente inevitable. Mediante el

esfuerzo unido del campo socialista mundial, de la clase obrera internacional, del movimiento de liberación nacional, de todos los países que se pronuncian contra la guerra, y de todas las fuerzas amantes de la paz, es posible impedir la guerra. El rasgo distintivo esencial de la época contemporánea es la transformación del sistema socialista en el factor decisivo del desarrollo de la sociedad humana.

En el desenvolvimiento de la crisis general del capitalismo se ha llegado a una nueva etapa, cuya particularidad consiste en que no nace en relación con una guerra mundial, sino en las condiciones de emulación y lucha de los dos sistemas.

Característico de esta nueva etapa de la crisis general del capitalismo es la victoria de las revoluciones nacional-liberadoras, como resultado de las cuales en los quince años posbélicos nacieron —en el lugar de las antiguas colonias de los Estados imperialistas— más de cuarenta nuevos Estados soberanos. Las masas populares se convencen, cada vez más, de que la vía más indicada para superar el atraso secular de estos países es la vía del desarrollo no capitalista, socialista. Pero una vez llegada al poder, y con el fin de conservar el capitalismo, la burguesía nacional tiende al compromiso con el imperialismo y con los señores feudales. El capitalismo actual en los países débilmente desarrollados, se caracteriza por conservar una fuerte dependencia del capital extranjero y restos de relaciones feudales. Rasgo específico del desarrollo de estos países es el importante papel del Estado en todas las esferas de la vida económica. En la medida en que el capitalismo de Estado tiene aquí una orientación antimperialista, desempeña un papel progresivo, diferenciándose del capitalismo monopolista de Estado reaccionario. En estos países se plantean las siguientes

tareas de tipo nacional-democrático: fortalecimiento de la independencia política, transformaciones agrarias en beneficio del campesinado, supresión de las supervivencias feudales, extirpación de las raíces económicas de la dominación imperialista, creación y desarrollo de la industria nacional, elevación del nivel de vida de la población, democratización de la vida social, realización de una política exterior independiente a favor de la paz, y fomento de la colaboración económica y cultural con los países socialistas y otros países amigos. En muchos países liberados del yugo colonial existen condiciones favorables para la creación de Estados independientes de democracia nacional.

El socialismo ha mostrado en todos los sentidos su superioridad sobre el capitalismo. Las ideas del socialismo conquistan a las masas en los países capitalistas. Paralelamente, los enemigos del socialismo intensifican la propaganda y las calumnias anticomunistas. En estas condiciones adquiere excepcional significación la experiencia colectiva de la lucha política e ideológica del movimiento comunista internacional. La Conferencia de los Partidos Comunistas y Obreros de 1960, fue un importante acontecimiento en la historia del movimiento obrero internacional.

Eminente significación tuvo el XXII Congreso del PCUS (1961), que inauguró un nuevo capítulo en la historia de la sociedad humana: la construcción directa del comunismo. El programa del PCUS es fruto de la creación colectiva del Partido y una aportación de máxima importancia a la teoría marxista-leninista. En las decisiones del Congreso se pusieron de relieve las principales tendencias y leyes del desarrollo de la sociedad en la época actual, la época de transición de la humanidad del capitalismo al socialismo. El programa del PCUS subraya

que el capitalismo es el último régimen explotador, habiéndose convertido en un enorme obstáculo a la marcha del progreso social. En dicho Programa se analizan profundamente la crisis del capitalismo mundial, el papel del movimiento obrero internacional y la significación de la lucha nacional liberadora.

En las condiciones actuales, la lucha de la clase obrera, con los partidos comunistas a la cabeza, por la supresión completa del capitalismo, por el socialismo, se eleva a un nuevo nivel. Contra el yugo y la explotación imperialistas se unifican todas las fuerzas del progreso social, a las cuales pertenece el futuro. Los pueblos que construyen el socialismo y el comunismo, el movimiento revolucionario de la clase obrera en los países capitalistas, la lucha nacional-liberadora de los pueblos oprimidos, los movimientos democráticos generales; todas estas grandes fuerzas de nuestro tiempo se funden en un sólo torrente que socava y destruye el sistema mundial imperialista. En el centro de la época actual está la clase obrera internacional y su fruto principal: el sistema mundial socialista. Ambos son la garantía del triunfo en la lucha por la paz, la democracia, la liberación nacional, el socialismo, y el progreso de la humanidad.

El Capitalismo y la cultura burguesa

1.—*Contradicciones de la cultura burguesa.*

Cada formación social tiene su ley histórica de desarrollo espiritual. Hay una atmósfera que el organismo social respira; un clima particular, en el que crecen relaciones materiales de determinado tipo; un sello original, inherente en las condiciones dadas a toda la vida política, a las naciones morales, a los objetos del medio artístico. Subordinadas a determinada ley, las formas de conciencia social reproducen la organización de la sociedad misma, y, a su vez, constituyen el medio ideal fecundador de aquélla.

Este "espíritu de la época" (según la terminología de la vieja filosofía de la historia), puede tener un carácter estancado o, por el contrario, dinámico y revolucionario. La sociedad patriarcal, cuyo fundamento lo constituían miles de comunidades agrarias inmóviles, detenidas en los marcos tradicionales, habituaba a formas únicas, siempre las mismas, de vida espiritual, las cuales aparecían como eternas. Así era la ideología del régimen oriental, —llamado por Lenin régimen asiático—, base de esa metafísica moral que, con algunas modificaciones, repetía constantemente sus motivaciones, lo mismo en el Oriente que en el Occidente.

Por el contrario, la vida espiritual de la época capitalista se desenvuelve según otra ley. "Una revolución continua en la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, una inquietud y un movi-

miento constantes, distinguen la época burguesa de todas las anteriores. Todas las relaciones estancadas y enmohecidas, con su corteza de creencias y de ideas veneradas durante siglos, quedan rotas; las nuevas se hacen añejas antes de haber podido osificarse. Todo lo estamental y estancado se esfuma; todo lo sagrado es profanado, y los hombres, en fin, se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas".

Aunque el derrumbamiento de las viejas ilusiones, en el proceso del desarrollo del capitalismo, se logró por los medios más viles y brutales, los clásicos del marxismo consideraban en alto grado revolucionario el papel histórico de la burguesía. Revolucionarismo que tiene un carácter objetivo, independiente de la conciencia de la burguesía misma. El principal mérito del capitalismo en el pasado fue la destrucción de las limitaciones feudales y patriarcales. A una gran parte de la población la liberó de la sórdida vida rural. El descubrimiento de nuevos continentes, la invención de la imprenta y del telescopio, que por primera vez enfrentaron concretamente al hombre con el problema, tan incitante para la fantasía, de la infinitud del mundo; todo esto, fue obra de la burguesía. Bajo el capitalismo, la técnica recorrió el fantástico camino que va del martillo artesanal al vapor y la electricidad. "La burguesía ha revelado que la brutal manifestación de fuerza en la Edad Media, tan admirada por la reacción, tenía su complemento natural en la más relajada holgazanería. Ha sido ella la que primero ha demostrado lo que puede realizar la actividad humana; ha creado maravillas muy distintas a las pirámides de Egipto, a los acueductos romanos y a las catedrales góticas, y ha realizado campañas muy distintas a los éxodos de los pueblos y a las Cruzadas".

En el marco de la propiedad privada, el capitalismo desarrolla las condiciones materiales para el futuro mundo comunista. Pero la cuestión no reside sólo en el desarrollo de las fuerzas productivas, de las relaciones mundiales, de la ciencia y la técnica. Lo fundamental consiste en que el modo burgués de producción creó la clase obrera, capaz de dominar estas riquezas sociales y de construir una sociedad nueva, la sociedad comunista. Sin la gran revolución comunista, todas las fuerzas gigantescas creadas bajo el capitalismo se vuelven contra la sociedad misma. Así, la producción material se encuentra permanentemente bajo la amenaza de la catástrofe, a consecuencia de las crisis cíclicas y de las guerras destructoras; el progreso espiritual se realiza desequilibradamente, acompañado del aumento de la ignorancia y del retorno moral al salvajismo. Según palabras de Marx, todos estos rasgos de decadencia, ya a mediados del siglo XIX, presagiaban los horrores de los últimos tiempos del imperio romano. Con tanta mayor razón esto es exacto en nuestro tiempo. cuando el capitalismo se ha convertido en gigantesco obstáculo para el progreso social.

El ocaso de la cultura burguesa no se produce uniformemente. Especialmente en el terreno de las ciencias naturales y de la técnica aún son posibles grandes resultados (sobre todo allí donde la ciencia está relacionada con la producción militar), pero en conjunto, como testimonian T. Mann, Galsworthy, Hemingway, G. Greene, y otros auténticos escritores occidentales, la curva de la vida espiritual en el mundo burgués del siglo XX tiende a caer invariablemente.

2.—*Formas de conciencia correspondientes al modo capitalista de producción.*

Las formas de conciencia burguesa incluyen cierta ceguedad, un sistema de ilusiones, provinentes de las relaciones del modo de producción burgués. Con el principio del interés privado, con el desarrollo de la ciencia y la organización racional del proceso productivo en el ámbito de cada empresa, el capitalismo destierra las nociones ingenuas de las formas sociales anteriores, las supersticiones infantiles del campesino esclavizado por el trabajo. Pero, al mismo tiempo, y además en gran escala, el capitalismo trastoca todas las relaciones humanas, envolviéndolas en la niebla de las falsas representaciones enraizadas en el fetichismo del mundo de las mercancías. Parece como si las fuerzas económicas, no sometidas al control social, se encontraran fuera del dominio de la razón; siguiendo ocultos caminos llevan al hombre a la riqueza, o lo hunden en el abismo de la miseria. Naturalmente, la posibilidad de enriquecimiento es casi nula para la gran mayoría, y prácticamente está excluida para los "pequeños" en la época de la competencia entre los monopolios gigantes. Pero cuanto más es así, tanto más se hiperbolizan esas posibilidades por la publicidad sin conciencia y la prensa sensacionalista. El engaño consciente, la especulación con la ingenuidad social, proporcionan ganancias al editor, o al productor que fabrica películas con el obligatorio "final feliz", y contribuyen a apuntalar el orden social que conviene a la clase de propietarios capitalistas.

En el análisis que hace Marx de la propiedad privada encontramos el término "alienación". En la filosofía de Hegel este concepto tiene un sentido puramente especulaitvo, con un halo de mistificación, pese a la genialidad

de su intuición fundamental. En el marxismo el concepto de alienación tiene un carácter totalmente distinto, científico. La amenaza creciente de fuerzas extrañas al hombre, no es una trampa diabólica, ni la alienación de la "razón universal"; es un proceso económico real. Las relaciones sociales entre los hombres en la sociedad mercantil, se establecen espontáneamente, y toman la forma de relaciones cosificadas. De ahí que sus propias relaciones aparezcan a los hombres como fuerzas extrañas, hostiles, caprichosas y traidoras. No en vano el diablo logra embaucar incluso a Dios, y no en vano en el folklore el diablo es el rey del oro. "...Los encantamientos y misterios" son característicos de todas las esferas vitales de la sociedad burguesa, donde exhibe sus derechos la propiedad privada y actúa, sin freno alguno, el poder del dinero. En el mundo de la propiedad privada, el dinero es la fuerza más universal, la que más impresiona la imaginación del hombre. Posee propiedades asombrosas. El dinero da a su poseedor la posibilidad de comunicar a su persona aquellas cualidades que no tiene por naturaleza. Con dinero se compra la gloria, el amor, la belleza de lo que nos rodea, y todas las ventajas que hacen del desarrollo personal un monopolio. Todo lo cual tiene inmensas consecuencias para la moral social. Los grandes escritores de la época burguesa —Stendhal y Dickens, Dostoievski y Tolstoi— dedicaron páginas memorables a la crítica de las relaciones burguesas. En imágenes vigorosas, terribles, y frecuentemente monstruosas, Balzac nos pinta en la *Comedia humana* cómo la riqueza permite al estúpido pasar por inteligente, al canalla por hombre honrado; cómo las personas se ven obligadas a vender por dinero la belleza, el talento, la dignidad personal, porque el cuerpo y el alma del hombre se ven envueltos en la vorágine infernal de la "compra-venta" universal.

Incluso en la mente del dueño del capital, libre de las acechanzas de la miseria, el dinero es una fuerza extraña, que exige perpetua servidumbre. La riqueza hace "independiente" al hombre sólo en sentido material, espiritualmente lo esclaviza, marca en él su sello, le convierte en mártir de la acumulación, o le transforma en obtuso consumidor.

Las relaciones transparentes y racionales entre los hombres son ajenas al régimen burgués, fundado en la anarquía de la producción y del cambio. Si a la conciencia filistea le puede parecer auténtica poesía el halo nebuloso que envuelve a las relaciones del mundo mercantil, en realidad la vida estética de la sociedad en ese mundo está amenazada de degeneración. Puesto que representa el valor universal de todas las cosas, el dinero —como decía Marx— privó a todo el mundo humano, lo mismo que a la naturaleza, de su valor específico. Semejante nivelación de todas las diferencias no deja lugar a originalidad alguna. No reconoce más que la pura medición cuantitativa del valor, obligando a lo cualitativo de los productos del trabajo humano a pasar a un segundo plano, junto con otras supervivencias de la artesanía medieval. Toda obra de arte, todo invento científico, puede comprarse. De ahí las insolubles colisiones —tan frecuentes en la sociedad capitalista— entre "verdad y dinero", "creación de belleza y concupiscencia", que la conciencia burguesa expresa en impotentes frases filisteo-liberales. El capitalismo actual, fundado en el poder de los monopolios, lleva esa fuerza de la "alienación" hasta tal grado, que el mismo desarrollo de la física atómica se convierte en pesadilla para los sabios, aplastándolos moralmente si no encuentran fuerzas para incorporarse a la lucha contra la política imperialista del gran *business*. Uno de los artificios típicos de la sociología

reaccionaria es el intento de descargar la responsabilidad, por la miseria espiritual y la crisis interna de la civilización burguesa, sobre el extraordinario desarrollo de la ciencia, la técnica y la organización. En realidad, ese exceso de desarrollo es sólo relativo, no absoluto, y sólo conduce a penosas consecuencias en el marco de la propiedad privada capitalista, en la esfera de su influencia.

Parece como que la sociedad capitalista, con su atmósfera de eficiencia y de respeto al hecho, enterró para siempre los métodos de pensamiento anacrónicos, alejados de la ciencia. Sin embargo, la religión no muere con el capitalismo. Al contrario, extrae nuevas fuerzas de la vida espontánea de la sociedad burguesa, de las terribles conmociones provocadas por las crisis económicas, de la incomprensibilidad acerca de los factores que determinan la opresión de los trabajadores y envenenan la vida espiritual de todas las clases sociales. El fetichismo de la mercancía es la fuente de las más fantásticas representaciones. Por eso la época burguesa no hace más que reformar la religión tradicional, transformándola en deísmo abstracto, reflejo de las fuerzas impersonales del mercado. Pero incluso esta reforma de la conciencia religiosa es privativa de períodos más tempranos y progresistas del desarrollo de la burguesía. Con la transformación del modo burgués de producción en obstáculo para el progreso. la ideología dominante se vuelve de nuevo hacia las más salvajes supersticiones. Sectas y tendencias místicas, del género de la teosofía, se propagan como una epidemia. Cierto, en estas corrientes hay poco de la fe sincera de los viejos tiempos y bastante más de hipocresía moderna. A medida que crece el reaccionarismo de la burguesía, ya desde la segunda mitad del siglo XIX, comienza la intencionada "fabricación de mitos"; los ideólogos burgueses compiten en imponer a la con-

ciencia humana construcciones místicas, que expresan los problemas reales de esa clase bajo la forma de falsos símbolos y abstracciones filosóficas.

3.—*La época de auge de la cultura burguesa.*

Las relaciones burguesas, al desarrollarse en el seno del régimen feudal, representaron un gran paso adelante en el camino de la liberación de la humanidad. En aquel tiempo, la competencia entre los individuos era "...el único medio posible de abrirles horizontes nuevos para un desarrollo más libre". Pero este contenido históricamente limitado necesitaba un complemento del mundo de la fantasía. Y, en efecto, en la conciencia de los profetas del régimen burgués la competencia aparecía como el principio de la justicia y la igualdad natural. El derecho burgués parecía el derecho natural. Comenzando en los siglos del medievo, el desarrollo de la teoría de la sociedad consiste, primordialmente, en el desarrollo del llamado derecho natural, en el que el individuo aislado se convierte en ficción ideal, en punto de partida para la construcción de todo el sistema de relaciones sociales. Semejante a Robinson Crusoe, este individuo está libre del condicionamiento histórico. Al no ser habitante de una isla desierta, tiene que entrar en relaciones contractuales con otros individuos, tanto sobre la base del intercambio de productos de su trabajo como para crear el Estado en el que, formalmente, nadie puede atentar a los derechos de otro. El principio del contrato privado está en la base de toda la teoría política y ética de Hobbes. De esta manera, el trato privado se convierte en contrato social, del cual se extrae, por simple deducción, cualquier forma de organización estatal, incluida la monarquía absoluta.

Con todas las ilusiones contenidas en semejante plan-

teamiento del problema, y pese a todas las posibles interpretaciones reaccionarias de la teoría del derecho natural, esta forma de conciencia burguesa respondía a las exigencias históricas de la producción social. Hasta cierto punto respondía también a los intereses de las masas democráticas, especialmente de los campesinos, que aspiraban a liberar la pequeña propiedad privada de los vínculos y servidumbres feudales. Es verdad que en las formulaciones democráticas de la teoría del derecho natural que nos son conocidas, de la época, por ejemplo, de la revolución inglesa, se contienen ciertos ataques al derecho de propiedad privada, pero sólo en forma de crítica de la gran propiedad terrateniente, lo que no contradice el horizonte burgués de la teoría en su conjunto. Era la época en que los intereses de la burguesía aún no se separaban de los intereses del pueblo, aunque ya en aquel tiempo se produjeron numerosas fisuras, y a veces períodos enteros de profundas divergencias clasistas, en el seno de "Tercer Estado".

Los representantes avanzados de las concepciones burguesas, que en su mayor parte se encontraban —por su educación y, a veces, por su forma de vida y origen— por encima de la burguesía, en el sentido directo del término, reflejaban en su actuación un contenido histórico más amplio y progresivo que los intereses de los propietarios acomodados. Su concepción del mundo era burguesa sólo en el sentido de que las conclusiones derivadas de estas teorías filosóficas y sociales coincidían, absolutamente, con las necesidades de la sociedad burguesa en desarrollo, y no podían ir más allá de los límites históricos en que se movía este modo de producción. El ascenso de la ideología más avanzada se realizaba paso a paso, en lucha tenaz con el poder político de la nobleza y la burocracia, con el yugo espiritual de la Igle-

sia, y con otras supervivencias del Medievo. Esta lucha exigía víctimas, y no pocas mentes intrépidas, comenzando por G. Bruno, pagaron con la vida su independencia de ideas.

En el siglo XVIII, con el movimiento de la Ilustración, la lucha ideológica de la capa avanzada contra el orden y las ideas medievales adquirió particular tensión. La Ilustración tuvo su desarrollo clásico en Francia, en el período comprendido entre la muerte de Luis XIV (1715) y la Revolución Francesa de 1789. Pensadores brillantes y luchadores apasionados como Voltaire y Diderot, materialistas audaces como La Mettrie, Holbach y Helvetius, personalidades tan relevantes como Rousseau, defendieron —desde diversos puntos de vista y en relación diversa con las clases sociales de su tiempo— amplias exigencias democráticas, despejando el terreno para la intervención activa de las mismas masas en el curso de la historia. Evidentemente, en tanto que profetas del reino de la razón y de la justicia en la Tierra, estos hombres se equivocaron. No podían prever la nueva y aún más profunda injusticia que traería consigo el desarrollo de las relaciones burguesas, liberadas por la Revolución Franceso de los grilletes feudales. Pero este error era sincero. No tenía nada de común con las justificaciones interesadas y tendenciosas del capitalismo por parte de los apologistas vulgares de este régimen, en la época en que los intereses del trabajo y del capital hacía tiempo que se habían divorciado. "No se debe olvidar —dice Lenin— que en la época en que escribían los ilustradores del siglo XVIII (a quienes la opinión más generalizada reconoce como líderes de la burguesía), y en la que escribían también nuestros ilustradores, en la época que va del 40 al 60, *todos* los problemas sociales se reducían a la lucha contra el derecho feudal y sus supervivencias.

Las nuevas relaciones económico-sociales y sus contradicciones se hallaban aún en estado embrionario. Por eso, ningún interés egoísta se manifestaba entonces en los ideólogos de la burguesía; todo lo contrario, tanto en Occidente como en Rusia, creían con toda honestidad en la prosperidad general y la deseaban ardientemente. Aún no veían (y en parte aún no podían verlo) las contradicciones en el régimen que surgía del feudalismo". Tres rasgos distintivos son propios de toda Ilustración, no sólo en Francia sino en todas partes donde la democracia burguesa entra en contradicción con la ideología de las clases feudales: 1) lucha contra la servidumbre, 2) defensa de formas progresivas de vida, 3) defensa de los intereses del pueblo (fundamentalmente del campesino). Esta herencia es valiosa en alto grado para la clase obrera y toda la cultura socialista.

Lo que les faltaba a los ilustradores —la comprensión del carácter formal de la democracia burguesa, que oculta en sus frases generales la contradicción entre el trabajo y el capital— fue introducido en el curso del pensamiento social avanzado por los movimientos románticos de la primera mitad del siglo XIX, y por el populismo ruso. El lado fuerte del romanticismo, tanto en economía política como en otros dominios, es la destrucción de las ilusiones de la Ilustración. En otras palabras: la crítica de las formas burguesas de progreso, de su incapacidad para liberar al hombre de las opresivas consecuencias de la división social del trabajo, de la desarmonía entre cuerpo y espíritu, del poder ilimitado de la mentalidad filistea, que intoxica los sentimientos y todas las relaciones humanas con el veneno del egoísmo. Junto a estas conquistas, el romanticismo aportó al desarrollo del pensamiento social muchos rasgos oscurantistas. Su crítica de la civilización burguesa —tan va-

riada en sus valoraciones políticas y clasistas, como la defensa de esa civilización por los escritores de la Ilustración— adolece de una insuficiencia general: o expresa claramente la desilusión en la revolución burguesa y se vuelve hacia el mundo patriarcal del medievo como modelo ideal para organizar las relaciones contemporáneas o, en el mejor de los casos (incluso cuando se convierte en socialismo utópico), mide el futuro con la escala del pasado.

El tercer movimiento de ideas, que puede llamarse clásico, es el más libre de las insuficiencias de la Ilustración y del romanticismo, y figura entre lo mejor creado por la humanidad en el siglo XIX. En la esfera de la teoría pertenecen a ese movimiento tres grandes fenómenos, las "tres fuentes del marxismo", según la conocida expresión de Lenin: la filosofía alemana de Kant a Hegel que, aunque bajo formas idealistas, desarrolló el método dialéctico como conclusión de la considerable experiencia acumulada en la ciencia y en la lucha social; la economía política inglesa de Smith a Ricardo, la cual estuvo muy cerca del secreto de la plusvalía; y, finalmente, el socialismo utópico de Saint-Simon, Fourier y Owen, los tres grandes precursores del socialismo científico. Con todas sus limitaciones, que eran función de las condiciones de la época, cuando la clase obrera aún no había entrado en la escena histórica como fuerza independiente, esos altos resultados de la cultura pasada contienen rasgos de profunda significación. Implacables en el descubrimiento de las contradicciones del desarrollo social, al mismo tiempo tendían al futuro, distinguiéndose por un amplio optimismo histórico. "El siglo de oro no está detrás, sino delante de nosotros": tal era la divisa de la escuela de Saint-Simon en Francia.

Marx y Lenin señalaron la profunda honestidad cien-

tífica que distinguía, por ejemplo, a Ricardo, de los defensores cínicos del capitalismo tipo Malthus. Ricardo admite que se sacrifiquen los intereses de los obreros si se trata del desarrollo progresivo de la producción, pero se vuelve contra su propia clase siempre que el poseedor del capital actúa como fuerza que obstaculiza el progreso social. Producción en aras de la producción: tal es la idea central de Ricardo, al que son ajenas las ilusiones patriarcales de los economistas románticos, como Sismondi. En esta hiperbólica expresión de la revolución industrial del finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, los clásicos del marxismo no vieron la crueldad de una inteligencia extraña a toda simpatía hacia las clases trabajadoras sino la forma imperfecta de un ideal más elevado: "el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad, es decir, el desarrollo de la riqueza de la naturaleza humana como fin en sí". Lo mismo, con ciertas variantes, concierne a la dialéctica de Hegel, que Herzen denominó "álgebra de la revolución", y al núcleo racional de las doctrinas socialistas de Saint-Simon, Fourier y Owen. La debilidad de estas utopías fue la aspiración a evitar la lucha de clases y la revolución social. Pero una vez realizada la revolución, cambia la significación de los planes de los antiguos socialistas. Ahora, el aspecto positivo de su herencia adquieren gran importancia práctica.

4.—*Cultura nacional, liberalismo y democracia.*

La nación es una forma necesaria del desarrollo de las relaciones sociales en la época del capitalismo. La base de cada nacionalidad está constituida por las clases trabajadoras, pero durante largo tiempo la hegemonía espiritual en el movimiento nacional perteneció a la nobleza y a la burguesía. La cohesión de la nación se rea-

liza, en un principio, bajo la égida del poder real, el cual se apoyaba en cierta medida en la burguesía, sin perder su carácter noble. Sin embargo, el auge en toda la línea de la nación burguesa concierne a la época de la destrucción revolucionaria de los privilegios feudales y de los últimos restos del fraccionamiento interno. El movimiento revolucionario de la democracia burguesa se unió frecuentemente a la lucha por la independencia nacional. Los ejemplos históricos más expresivos son la revolución de los Países Bajos, en la que todas las fuerzas progresivas de la naciente nación se unieron contra la dominación española, la insurrección de las colonias americanas contra Inglaterra y las guerras liberadoras de la Revolución Francesa. En todos estos casos el partido más consecuentemente democrático fue, al mismo tiempo, la fuerza patriótica más destacada y abnegada. Por el contrario, la aristocracia y la burguesía liberal, ligada con ella, traicionaron en todas partes, llegado el momento, los intereses nacionales, aliándose con la reacción extranjera contra su propio pueblo. A esto contribuye la circunstancia de que la burguesía, en particular la comercial y financiera, en última instancia no adopta posiciones patrióticas sino cosmopolitas, guiándose por la divisa romana: *ubi bene ibi patria*. Es decir, la patria del capital está allí donde obtiene más alto interés. El portador del patriotismo es el pueblo, con la reserva de que la opresión y la miseria dan lugar a la emigración y a no pocas otras situaciones históricas aún más complejas. De ahí, por ejemplo, las simpatía de los alemanes de Alsacia-Lorena hacia Francia: ni la comunidad de lengua, ni el origen racial, pueden ahogar el deseo de vivir bajo condiciones de mayor libertad. Por eso el paso de los jacobinos alemanes al lado de las tropas francesas y la trágica suerte de Forster y sus compañeros.

En el ámbito de la sociedad burguesa, saturada de profundas contradicciones, la formación de la nación y de la cultura nacional es marcada también por el sello de esos conflictos interiores e internacionales. El ascenso del movimiento nacional no se realiza siempre bajo una forma política progresiva. Por ejemplo, la masa pequeño-burguesa de fanáticos calvinistas, imbuida de patriotismo, apoyó la dictadura de la casa de Orleáns en la revolución de los Países Bajos, mientras que el rico patriciado burgués estuvo representado por pensadores políticos progresivos, tan alejados del fanatismo religioso como Grocio, que tuvo que huir de Holanda. En Francia, las ideas bonapartistas de la época de Napoleón I, fueron, según palabras de Marx, la voz de la joven parcela campesina. Con más relieve aún se presenta esa contradicción en la lucha de independencia nacional del pueblo español contra Napoleón. El movimiento popular transcurrió aquí bajo la bandera medieval de la monarquía y la religión, portando en sí muchos rasgos oscurantistas y reaccionarios. El mismo desdoblamiento se observa en la guerra de independencia nacional alemana de 1813. Y pese a todo, hay que reconocer que estos movimientos fueron páginas gloriosas en la vida de los pueblos de Europa.

De aquí se desprende una conclusión de gran interés para el análisis de la historia de la cultura en la época del capitalismo. Sería erróneo juzgar acerca del contenido progresivo de las diferentes corrientes ideológicas de esta época basándose sólo en sus formulaciones y programas generales. Frecuentemente, estos últimos, si se comparan con la psicología de las masas populares, tienen un carácter más desarrollado en el sentido lógico y científico, e incluso formalmente más democrático. Sin embargo, desde el punto de vista del contenido real, tales fórmulas pueden expresar intereses de clase más estrechos. Y por el con-

trario, bajo formas falsas, e incluso reaccionarias, pueden ocultarse contenidos profundamente democráticos y revolucionarios. En España, los partidarios de la Ilustración —los "afrancesados", como los llamaba el pueblo— se retiraron junto con las tropas de Napoleón. Por el contrario, en el movimiento de liberación nacional existía, como decía Marx, una mezcla de "renacimiento y de reacción". Entre 1861 y 1905, las grandes masas del campesinado patriarcal permanecieron, en Rusia, prisioneras de las utopías tolstoianas o populistas. Incluso en la II y III Dumas, los diputados campesinos expresaban la idea de la nacionalización de la tierra bajo la fórmula ingenua: "la tierra no es de nadie, la tierra es de Dios". La particularidad genial del análisis leninista de estos movimientos de la cultura y el pensamiento de la sociedad rusa, como el populismo, consistió en su penetración para no ver sólo la forma externa de la doctrina, sino su contenido real, tan contradictorio con esa forma: la democracia campesina revolucionaria. Lo falso en el sentido económico-formal puede ser verdadero en el aspecto histórico-universal. Desarrollando este pensamiento de Engels, Lenin rechazó el esquema dogmático de los mencheviques, los cuales anteponían las frases liberales de los terratenientes progresistas al espíritu democrático espontáneo del mujik ruso, incapaz de expresar su revolucionarismo más que en forma de utopías semimedievales. Con esto se relaciona el contenido esencial de los artículos de Lenin sobre Tolstoi y Herzen.

Desde el punto de vista del marxismo auténtico no basta con la oposición general de la cultura burguesa progresista al mundo atrasado medieval. En el marco de esta oposición es necesario discernir una línea divisoria esencial entre dos tendencias hostiles: la democrática-revolucionaria y la liberal. En toda cultura nacional —escribió

Lenin— existen dos principios, dos corrientes históricas, y hasta puede decirse que dos culturas. La cultura rusa representada por Herzen y Chernischevski, por los héroes de la "Voluntad del pueblo" y por Pléjanov; esta es, propiamente, la verdadera tradición cultural de la gran nación rusa. En el patriotismo burocrático de los feudales y organizadores de programas, tipo Purishkiévich; en la afectada y meliflua expresión de la cultura liberal de los cadetes y de los "veji",* tenemos ante nosotros la otra línea clasista, quebrada en Octubre de 1917. La expresión real de las más profundas necesidades nacionales es la cultura socialista, cuyos cimientos fueron puestos por el movimiento obrero revolucionario y, en especial, por la Gran Revolución Socialista de Octubre.

La contradicción entre el progreso burgués y el atraso medieval encaja también en el esquema histórico liberal. Para pasar de él al marxismo es necesario comprender la diferencia entre dos direcciones en la historia de la cultura, expresivas de la oposición clasista entre los grupo dominantes y las masas populares. Esta diferencia se refleja, en diversos aspectos, en el espejo de la ideología burguesa. No excluye la participación en el desarrollo de la cultura —si es burguesa por su contenido histórico— de muchas generaciones pertenecientes a diversas clases y fracciones de estas clases: nobleza, funcionarios, patriciado burgués, intelectualidad plebeya, etc. Pero, dentro de toda esta variedad, la divisoria entre la cultura democrática y la cultura del "señor de Taschkent" de Schedrin atraviesa, con más o menos claridad, todo el desarrollo de las nacionalidades. Una cosa es la tendencia de la Ilustración revolucionaria, en el espíritu de Diderot

* "Veji". Recopilación demócrata-constitucionalista, publicada en 1909 conteniendo diversos ensayos de representantes del liberalismo. (*N. del Trad.*)

y Helvetius, y otra, completamente distinta, el "despotismo ilustrado" de Federico II y de la multitud de pequeños príncipes alemanes, que atormentaban a sus pueblos con los más perfeccionados y racionales métodos burocráticos de gobierno. En la Ilustración alemana, que con frecuencia revestía un carácter conservador, pequeñoburgués y policíaco, Marx destacaba la figura de Lessing como representativa de la línea plebeya, revolucionaria. En general, es imposible comprender cada cultura nacional, y valorarla en profundidad, sin distinguir en ella los elementos democráticos y socialistas. En cuanto a la forma que revisten estos elementos populares, puede ser diversa y, a veces, extremadamente contradictoria.

No pueden cerrarse los ojos al hecho de que si, en virtud de unas u otras causas, aparecen rasgos reaccionarios en los movimientos avanzados de una época (como, por ejemplo, las ideas de los "destructores de máquinas", o las búsquedas religiosas de Saint-Simon), esto no se produce sin dejar huellas. En las condiciones de la lucha social contemporánea, la historiografía burguesa ya no puede conformarse con el viejo esquema liberal. Se ve obligada a buscar otras vías y a referirse, al menos, a los problemas más candentes de la vida, para presentarlos de una manera que sea compatible con la defensa del viejo mundo. Esto explica que en las obras burguesas contemporáneas existan muchos intentos de utilizar las contradicciones de los movimientos ideológicos más penetrantes del pasado, con el fin de poner sus limitaciones en el centro de la cultura mundial. Por ejemplo, ciertas ilusiones del sansimonismo proporcionaron material a los fascistas italianos para su concepción de la "sociedad corporativa". No sólo la filosofía de Kant y Hegel, sino la misma Ilustración francesa es interpretada con cierta frecuencia bajo el enfoque más reaccionario. Semejante

falseamiento se ve facilitado por la existencia en esos sistemas ideológicos de rasgos limitados o reaccionarios, así como también porque determinadas formas de la vida espiritual, al agotar su contenido adquieren un carácter estancado, hostil al movimiento democrático. Ciertas fases trágicamente ambiguas en la historia de la cultura burguesa pueden ser manantial de altas creaciones del pensamiento y del genio artístico. Pero en cuanto desaparecieron las circunstancias originales de su aparición, todo intento de resucitar esas formas en otras condiciones no lleva más que a lastimosas mascaradas. Así, por ejemplo, el clasicismo francés, vinculado a los nombres de Corneille, Racine, Molière, y otros grandes escritores del siglo XVII, sirve de falsa etiqueta a corrientes ideológicas reaccionarias, desde Brunetière hasta los modernos defensores de la dictadura personal en Francia. No menos esencial es otra circunstancia: formas ideológicas que han agotado su contenido pueden, temporalmente, nutrirse de nuevo con contenidos progresivos. Las ideas patrióticas simbolizadas en la bandera tricolor y en la Marsellesa, por ejemplo, se convirtieron en hipócrita mentira bajo la Tercera República francesa, pero reverdecieron de nuevo durante la lucha del pueblo francés por su independencia, contra la ocupación alemana.

Con toda su diversidad de formas y todas las transiciones de unas antinomias a otras, con toda la riqueza de matices y de vinculaciones de estas formas con el contenido popular, el papel histórico de la cultura burguesa sigue siendo progresivo en Europa Occidental aproximadamente hasta mediados del siglo XIX. El ascenso de la democracia burguesa y de la vida nacional vinculada con ella, abarca todo el período que va desde el final del Medievo hasta las revoluciones de 1848 y, en ciertos aspectos, hasta la guerra franco-prusiana y la Comuna de

París. Combinándose de diferentes maneras con las condiciones históricas concretas de cada país, este proceso pasa a través de sucesivas épocas que tienen sus rasgos peculiares: el Renacimiento, el clasicismo y las ciencias naturales mecanicistas del siglo XVII, la Ilustración y el romanticismo. El rasgo general de este extenso período es la marcha ascendente de toda la cultura humana, en sus multifacéticas formas y tendencias, aunque de manera desigual y plena de contradicciones. En este período la ciencia realizó grandes conquistas, desde el álgebra de Viéte hasta Gauss y Lovachevski, desde las primeras investigaciones microbiológicas de Malpighi, Swammerdam y Leuwenhoek, hasta el descubrimiento de la célula. En el campo de la literatura, este período está ligado al desarrollo clásico de los tres grandes géneros que eran conocidos desde la Antigüedad, pero sólo ahora adquirían una significación más rica y variada.

A la salida del Renacimiento y durante el clasicismo del XVI, la tragedia modificó sustancialmente sus formas en relación con la herencia grecorromana. Mucho más ampliamente de lo que era posible en la Antigüedad, la tragedia descubrió para la representación escénica el mundo de la personalidad sufriente, en lucha, responsable de su conducta ante la necesidad histórica y la conciencia popular. En la época de la Ilustración, la literatura avanzada acercó aún más el teatro al contenido real de la vida humana, creando el llamado drama burgués, que pese a todas sus limitaciones fue un importante paso positivo en el itinerario artístico de la humanidad. Aún más significativos fueron los resultados de la época burguesa en el desarrollo de la prosa. Ya en tiempos de Prevost d'Exiles y Fielding, la historia de la novela había dejado atrás los gérmenes de este género en la época helenística-romana, sin hablar ya de la novela caballe-

resca medieval. Según expresión de Hegel, la novela es la epopeya de la sociedad burguesa. Análogamente a la teoría del derecho natural y a la economía política, la novela burguesa toma como base de partida el individuo particular en su vida privada. El Robinson de Defoe es la descripción en imágenes de la teoría de la propiedad por el trabajo, de Locke. Pero en su desarrollo ulterior, ya con los grandes realistas de Occidente —Walter Scott, Stendhal, Balzac y Dickens—, como después en los grandes escritores rusos de la segunda mitad del XIX, la novela integra poderosas fuerzas sociales y se convierte cada vez más en novela social, rompiendo el marco de la representación abstracta de la vida privada.

Lo mismo que la literatura, la música tuvo también un desarrollo complejo. En el mundo antiguo, donde la vida del individuo estaba constreñida por el marco tradicional de la comunidad rural y urbana, la música no podía escalar altas cimas. Si bien los gérmenes de la nueva cultura musical remontan a las profundidades de la Edad Media, el gran impulso —tanto en el aspecto práctico como teórico— lo recibió en la época moderna, a partir del Renacimiento. Bajo la influencia de la Reforma, la vida religiosa, con la que fundamentalmente estuvo ligada la historia de la música en los primeros siglos de la época burguesa, sufrió grandes cambios. Alejándose del culto católico, más externo, la conciencia del creyente se repliega en la profundidad del alma solitaria, perdida en medio del mundo hostil. Como lenguaje que es del sentimiento interior, la música no podía adquirir un desarrollo independiente mientras la sociedad humana no pasara por la época de profundización de la personalidad. Y aun así se trata sólo de una forma peculiar, en la que se expresa un principio más amplio y objetivo. El contenido profano, humanista, de la música,

y su vinculación a la vida del pueblo, aparece ya con bastante claridad al quedar atrás la Edad Media, en el *ars nova* y, sobre todo, en la polifonía de la escuela flamenca-francesa (Obrecht, Gossec). Pero fue sobre todo en el XVIII, siglo clásico de la música, cuando este arte alcanzó su inagotable profundidad, enlazándose con la literatura y el teatro, y elevándose a las cumbres del desarrollo humano con las geniales creaciones de Bach, Mozart y Beethoven. Como arte más tardío, capaz de asumir emociones inaccesibles al sentimiento plástico, la música crea sus obras maestras cuando ya el proceso general de decadencia de la cultura artística se había perfilado bastante. En este sentido tiene importante significación el desarrollo desigual de diferentes países. La escuela musical rusa de la segunda mitad del siglo XIX debe su éxito a la peculiar situación creada por el movimiento social de 1861-1905.

El destino de las artes plásticas cuajó diferentemente. Más vinculado a la vida de la sociedad en sus formas abiertas, públicas, más dependiente de la mano del maestro, las artes plásticas conocieron su gran apogeo en el umbral de los tiempos modernos. En el Renacimiento el impulso espiritual del artista se produce todavía estrechamente vinculado a las tradiciones culturales de la artesanía urbana. Todas las limitaciones de la cultura burguesa, derivadas de la separación del individuo del todo social, todas las consecuencias negativas de la división social del trabajo, influyeron, en primer lugar, en el desarrollo de las artes plásticas. Por eso las lamentaciones por el ocaso de las fuerzas creadoras resuenan en este dominio más vigorosamente que en ningún otro. Las obras maestras del Renacimiento gozaron de autoridad indiscutible hasta casi finales del siglo XIX.

Sin embargo, huelga decir que las artes plásticas co-

nocieron también en la época burguesa magníficas realizaciones. Estas realizaciones están vinculadas al desarrollo del realismo, el cual recorrió, en determinada dirección, un inmenso camino, desde Giotto y Van Eyck hasta Courbet y los pintores rusos de la segunda mitad del XIX. No hay duda, sin embargo, que el realismo en pintura enfrenta al artista con el gran obstáculo que significa la creciente vulgaridad cotidiana de la sociedad burguesa. El arte, según expresión de Herzen, se detiene ante el "pequeño burgués en frac". La conciencia de este conflicto, entre la belleza de las formas plásticas y el prosaísmo en aumento de la sociedad burguesa, descubrió a la pintura no pocos recursos sorprendentes para luchar con tal enemigo interno. Por ejemplo, el dramatismo del claro-oscuro en las obras de Caravaggio, Ribera y, finalmente, Rembradt; el cálido humorismo y la atmósfera aérea, que comunicaban poesía a los motivos más cotidianos, en la pintura de los "intimistas holandeses"; el clasicismo convencional de Poussin, o de los pintores de la época de la Revolución Francesa, etc. Todos estos procedimientos, una vez alcanzado su apogeo, dejaron huella imborrable en la historia del arte. Pero se agotaban con relativa rapidez, y tras ellos irrumpía inevitablemente la degeneración de cada estilo en los epigonos. El resorte motor de este proceso es, precisamente, la autenticidad insobornable del pensamiento artístico, que no puede conformarse duraderamente con la desviación de la verdad encarnada en el convencionalismo adoptado. Y es tanto más inevitable cuanto que el proceso real de la vida en la sociedad burguesa destierra, cada vez con más fuerza, la poesía del pasado, dejando al hombre frente a frente con la desnuda y brutal realidad. Por sí mismo, el proceso de pérdida de ilusiones sentimentales es progresivo en alto grado, pero en el marco del régimen burgués no sig-

nifica el paso a un nivel más alto de poesía, sino la tremenda devastación del mundo interior de la personalidad, y la victoria de formas vulgares y monstruosas en el mundo de las cosas que envuelve a la mirada del hombre. De ahí que al lado del realismo progrese en la sociedad burguesa otro elemento, al que uno de los discípulos de Hegel denominó "estética de lo deforme". Esto condujo ya en la segunda mitad del siglo XIX, a la crisis interna de la pintura y de otras artes plásticas, en toda Europa salvo Rusia. Aquí, el caudaloso movimiento popopular de este período no sólo hizo posible la literatura clásica rusa, sino también un fenómeno tan importante en las artes plásticas como la escuela de los "ambulantes".

Naturalmente, también en Occidente se produjeron fenómenos valiosos, pese a la tendencia general de la cultura burguesa camino de su ocaso. Se encontraron formas diversas de mostrar al "pequeño burgués en frac". Sizeranne observó en una ocasión que los impresionistas presentan el mundo circundante nebulosamente, sin contornos precisos, para obligar al ojo humano a aceptar aquellas formas de vida que no podría aceptar si las percibiera más nítidamente. De hecho, renunciando a la selección de motivos únicos, y a la composición especial de lo percibido, dirigiéndose a los aspectos casuales de la vida corriente, el artista no podía aplicar ya a estos materiales las anteriores formas de expresión. Nació el miedo psicológico a incurrir en lo "fotográfico". Pero la invención misma de la fotografía tenía poco que ver aquí. Tal peligro no existió para Van Eyck, cuya representación de los hombres y del mundo que los rodeaba era más exacta que cualquier fotografía. El problema está en que la corriente general de despoetización de la vida no dejaba al artista, recluido en su dominio específico, más medio de lucha contra el barbarismo de la civilización burguesa

que la búsqueda de visiones originales del mundo. El artista tenía que transformar el "prisma" que, según palabras de Zola, colorea su percepción del mundo con tonos peculiares. Comenzó el período de la protesta puramente formal contra la vulgaridad, la serie de experimentos que implicaban la idea de violentar la forma impuesta del mundo visible. Estas búsquedas no son sorprendentes si se enfocan psicológicamente, como venganza del arte enfermo y aparente compensación por la pérdida del contenido social directamente fundido con la vida real. También es perfectamente natural que, al iniciarse este camino, el llamado modernismo no rompiera aún con las tradiciones realistas, y que en su marcha incluyera grandes individualidades como, por ejemplo, Van Gogh. Pero abarcando este movimiento en su totalidad hay que reconocer que lleva a un callejón sin salida. Todo el absurdo del arte abstracto está ya irremisiblemente depositado en el viraje del realismo a la deformación consciente de mundo visible.

La historia de la pintura reproduce en forma más aguda, la contradicción general de la cultura burguesa. En *Teorías de la plusvalía* Marx escribió: "Por tanto, la producción capitalista es hostil a determinadas ramas de la producción espiritual, como, por ejemplo, el arte y la poesía." Esta ley señala la tendencia fundamental del régimen capitalista, pero no hay que entenderla, en absoluto, como excluyente de todo desarrollo artístico. El capital falsea la democracia, la convierte en forma hipócrita de su dominación. Pero de aquí no se desprende que la lucha por la democracia sea imposible e inútil en la sociedad burguesa; que la historia de esta sociedad no conozca notables ejemplos de democratismo. De la misma manera que la tendencia al empobrecimiento absoluto del proletariado no significa, en absoluto, que el mo-

do capitalista de producción haga imposible la lucha por el mejoramiento de la vida de los obreros.

La posición del marxismo respecto a la cultura burguesa está fundada en una dialéctica profunda. Marx rechazaba la idea abstracta del progreso, considerando la historia de la sociedad como el movimiento de sus contradicciones. Si la historia lleva a la decadencia de formas anteriores de cultura espiritual en su plenitud clásica, al mismo tiempo indica el remedio de esa enfermedad, contenido en la historia misma. El período burgués de la historia mundial, es un período de acelerada e intensa lucha social, con un rico contenido espiritual y nuevas y grandiosas perspectivas. La misma miseria espiritual de la sociedad capitalista no es un estado de anquilosamiento, sino una calamidad aguda, que engendra la protesta ardiente y presagia el próximo renacimiento le todas las fuerzas humanas sobre la más amplia base. Los éxitos de la creación original en esta época sólo han sido posibles en lucha contra el curso ciego de la sociedad burguesa hostil al arte. Cada paso del progreso artístico ha sido marcado por el sufrimiento profundo y la fe en el futuro mejor de la humanidad. Las grandes personalidades del arte no han sido fríos maestros en su oficio, sino seres inquietos, que a veces se creaban para sí una independencia fantasmal, como Goethe, pero mucho más frecuentemente eran aplastados por el peso del sufrimiento espiritual, como Hölderlin o caían en el combate contra las fuerzas reaccionarias de su tiempo, como los poetas rusos Pushkin, Lermontov y Mijáilov.

Viraje hacia la reacción. Antes o después, la época de auge culutral, vinculada a la participación de las diversas clases sociales en el movimiento liberador de la democracia burguesa, llega a su fin. En Occidente esta época se agotó, en lo esencial, alrededor de 1870, aunque,

como muestra la historia ulterior, el renacimiento de fuerzas progresivas nacionales en los viejos países burgueses de Europa puede producirse en el período posterior, en la época del imperialismo. En los grandes continentes de Asia, Africa y América Latina el movimiento nacional-liberador alcanza su máximo despliegue sólo en el período actual. Pero este movimiento transcurre ya cuando las condiciones en que se encuentran las clases son diferentes, cuando en el centro de la cultura mundial está la revolución socialista.

Lenin clasificaba al período de 1871 a 1914 de ". . época del pleno dominio y decadencia de la burguesía". Aunque las posibilidades de la producción capitalista aún no se habían agotado, en el aspecto político la burguesía de Europa y América realizó ya un giro reaccionario. De ahí el sello de estancamiento que marca la vida cultural de la vieja sociedad en vísperas de la I Guerra Mundial, 1914-1918 (que tiene causas económicas aún más profundas). Al mismo tiempo que estimula al máximo las posibilidades económicas de la sociedad de clases, el capitalismo multiplica también la fuerza conservadora inherente a todas las formaciones precedentes. Reduce a su forma más simple el acto brutal de que una minoría dominante se adueñe de la riqueza social, sin encubrirlo ya ni con el servicio militar del caballero medieval, ni con la religión patriarcal. Por la pura vía económica, el desarrollo del capitalismo conduce a la victoria del monopolio sobre la libertad. Uno de los rasgos fundamentales de este sistema es el dominio de unas pocas naciones parasitarias sobre los restantes pueblos del mundo.

La sociedad burguesa se convierte en el último baluarte de toda la reacción histórica. Lleva a su culminación lo que ya era conocido en otros tiempos: la transfor-

mación de las ideas nacionales en patriotería y racismo, la conversión de las guerras liberadoras en cruzadas de pillaje. Lo que no excluye, sino que, por el contrario, presupone, el ascenso de las fuerzas democráticas y nacional-liberadoras constreñidas por la reacción imperialista, y esto no sólo en los países oprimidos, sino también, en determinadas condiciones, en la vieja Europa. Semejante posibilidad fue prevista por Lenin.

A la par que el dominio de los monopolios, se acrecienta la intervención, en todas las esferas de la vida, de la coacción y la violencia directa extraeconómicas. La plaga de la burocracia, grosera negación de la democracia; las formas viciadas del juego entre bastidores, que dejan a la mayoría de los humanos en completa ignorancia de lo que será de ellos el día de mañana. Y todo esto es particularmente temible en un mundo que no conoce la manera lenta de adaptarse a la nueva situación, en una sociedad que posee gigantescas fuerzas productivas, capaces de transformarse fácilmente en fuerzas destructivas. De ahí la reanimación de las tradiciones de la Iglesia, la ola de credulidad y de misticismo en medio de la actual educación científica. Por miedo a la revolución social, la burguesía ahita se vuelve hacia el pasado, resucita el papado medieval, inyecta nueva vida a los acartonados fantasmas del cesarismo, de la dictadura personal.

La lección que se desprende de las grandes revoluciones realizadas por el capitalismo en la esfera de la producción material y espiritual va mucho más allá que cualquier ideología burguesa democrática. Lleva a la conclusión de que es necesario suprimir la causa más profunda de las guerras y otros sufrimientos del pueblo, de la decadencia del arte y de la falsa dirección de la investigación científica ligada al militarismo. Esta causa es la misma sociedad burguesa, su naturaleza. A esta con-

clusión de las lecciones que proporciona la marcha del capitalismo no llega más que la teoría comunista, la teoría que responde a los intereses de la clase obrera y de extensas masas populares.

Los elementos críticos existentes en las formas de democracia burguesa antes aludidos, no conciernen a la base más profunda del capitalismo, a la explotación del trabajo asalariado por el capital particular o por acciones. La democracia burguesa es compatible con la nacionalización de la tierra; en ciertos períodos es capaz de adoptar limitaciones de la desigualdad social que van muy lejos, pero de esto no surge la supresión del orden capitalista. Se condenan sólo los abusos, en particular los aspectos más escandalosos de especulación, de prepotencia de Bancos y monopolios. Pero la propiedad privada como tal permanece como fundamento sagrado de la sociedad. En este sentido el pensamiento burgués democrático es conservador. Resucita antiguas ilusiones, y toma las relaciones sociales entre los hombres por relaciones entre las cosas, nacidas de las leyes naturales mismas.

Esa es la razón de que la democracia burguesa tenga un carácter de transición. Hay que pasar el Rubicón o retroceder hacia la reacción. Este paso al socialismo proletario se hizo posible ya, para los representantes más avanzados del pensamiento democrático, en el siglo XIX. Las grandes transformaciones históricas que han tenido lugar en nuestra época revolucionaria hicieron más accesible aún esa posibilidad. Pero para la ideología burguesa, en el sentido estricto del concepto, es históricamente inevitable otra trayectoria: la de Voltaire a los jesuitas.

Este movimiento del pensamiento burgués se inició ya en el siglo XIX. Apartándose de la democracia, la tendencia liberal de la burguesía acomodada se convirtió en

contrarrevolucionaria. Ejemplo expresivo de la renuncia de la intelectualidad burguesa a la herencia de los ilustradores y jacobinos, es el cambio de actitud de escritores franceses como Renán, que inmediatamente después de la revolución de 1848 se dedicaron a criticar la democracia desde posiciones reaccionarias. El comienzo de la segunda mitad del siglo XIX fue un período de propagación del positivismo burgués, el cual aspiraba a limar todas las aristas, a debilitar las conclusiones de la ciencia materialista. Y el chillón materialismo vulgar de los años cincuenta y sesenta del XIX deja suficiente espacio a la duda en la cognoscibilidad del mundo y a otras tendencias idealistas. En 1865 resonó por primera vez el grito: "¡Vuelta a Kant!" Los éxitos de las ciencias naturales sirven de cómodo fundamento al burgués liberal para pasar de las investigaciones sociales del período precedente a la verdad eterna de la naturaleza. En Spencer, la sociología adquiere un evidente carácter biológico. El llamado darvinismo social consagra como ley de la naturaleza a la competencia burguesa, que antes había sido proyectada de la sociedad al mundo de los animales y las plantas.

Pero ya se hace notar otro tipo de reacción ideológica, aureolada con el desprecio por la realidad circundante. En el período de la reacción política posterior a 1848, llegó la hora de la filosofía pesimista de Schopenhauer, el contemporáneo de Hegel. La influencia de su filosofía desbordó con mucho los ámbitos universitarios. Es uno de los primeros ejemplos de esas tendencias a la moda, capaces de cautivar la mente de pequeños burgueses instruidos con la rapidez y la fuerza de una verdadera epidemia. La doctrina de Schopenhauer es una construcción puramente mitológica, pero ante la conciencia del pequeño burgués reaccionario aparecía como una negación

del mundo existente, más radical que cualquier socialismo. Esta nueva corriente de "revolución desde la derecha", se presenta aún más acentuadamente en Nietzsche, el cual, como sucede con Schopenhauer, posee más talento literario que capacidad de pensador, en el sentido que la entendían los clásicos de la filosofía alemana, de Kant a Hegel y Feuerbach. Como ejemplo de crítica del mundo circundante bajo el ángulo del radicalismo pequeñoburgués aureolado con la religión, está la doctrina del danés Kierkegaard, descubierto y exaltado en la actualidad como precursor del moderno existencialismo. Todas estas corrientes, como la "filosofía del inconsciente" de Hartman, crearon un cierto viraje hacia una nueva visión burguesa del mundo en la cual la moderación y respetabilidad de la concepción liberal son sustituidos por un tono más violento, oscilante entre el decadentismo anárquico y la prédica abierta del culto de la fuerza.

Pasando por alto numerosos fenómenos intermedios como el "aristocratismo social", del pensamiento de Europa Occidental y América a finales del siglo XIX y comienzos del XX, puede decirse que la crisis de la primera guerra mundial y la victoria de la Revolución Socialista en Rusia crearon una nueva atmósfera para el pensamiento burgués. "La vieja Europa burguesa e imperialista, acostumbrada a considerarse el ombligo de la Tierra —escribió Lenin en 1922—, se pudrió y reventó en la primera guerra imperialista como un absceso maloliente. Por mucho que lagrimeen con este motivo Spengler y todos los pequeñoburgueses instruidos capaces de extasiarse (o al menos entretenerse) con él, esta decadencia de la vieja Europa no es más que uno de los episodios en la historia de la caída de la burguesía mundial, engordada con la rapiña imperialista y la opresión de la moyaría de la población del globo".

Desde entonces, el pensamiento burgués se desenvuelve bajo el signo de la decadencia y negación de todos los principios del "siglo XIX liberal". La lección fundamental que ese pensamiento ha extraído del hundimiento de la anterior seguridad en que el orden burgués era el fundamento sólido, y el único posible, de la convivencia cultural, consiste en la siguiente idea reaccionaria: no es el marco histórico del capitalismo lo que ha caducado, es la misma cultura la que ha alcanzado un excesivo desarrollo o se ha deteriorado al convertirse en acervo de grandes masas. La crítica de la civilización y la razón, la negación del progreso, de la democracia, la legalidad y el humanismo, se convierten en la principal dirección de la ideología burguesa (combinándose, naturalmente, con diversas frases y vacilaciones liberales). Esta dirección reaccionaria alcanzó su apogeo en el fascismo italiano y el hitlerismo alemán. Para todos los fenómenos de este género no sólo es característica la demagogia social, sino también la espiritual: el intento de crear sobre bases reaccionarias una feliz síntesis ideológica, una especie de "concepción total del mundo", según el modelo de la Edad Media o épocas semejantes.

Después de la derrota militar y político-moral del fascismo, esta tendencia de la fábrica burguesa de ideas no se presenta con tanta ostentación. Ahora aparece revestida con las formas, más respetables, de la seudodemocracia "occidental". Sin embargo, después de la II Guerra Mundial se conserva el tono general polémico contra la razón, el progreso técnico y la "democracia de la mayoría". Se mantiene este tono bajo una u otra expresión, con matices diversos, a veces más refinados, casi "socialistas". La popularidad de *La decadencia de Occidente,* del alemán Spengler, es desplazada por la popularidad del *Estudio de la historia,* del inglés Toynbee.

"La fundamentación ideológica de la dominación de los monopolios, la justificación de la explotación, el denigramiento de la propiedad social y del colectivismo, el alzamiento del militarismo y de la guerra, la justificación del colonialismo y del racismo, el estímulo de las rivalidades y odios entre los pueblos: tales son las ideas que informan las teorías económicas y políticas, la filosofía y la sociología, la ética y estética de la burguesía contemporánea". (Del Programa del PCUS, de 1961).

El papel conservador del actual régimen burgués lo proclaman solemnemente sus defensores en forma de programas reaccionarios, que sintetizan todos los legados del pasado suceptibles de servir de obstáculo al progreso de la conciencia revolucionaria de las masas. Goza de gran difusión el tópico de la defensa de la tradición greco-judeo-cristiana de Occidente. Otro programa de este tipo postula la idea de la filosofía *perennis*, cimentada en una espesa amalgama de banalidades morales y fórmulas místicas de épocas anteriores. Una más entre esas teorías, exige el "encuentro de Oriente y Occidente", o, más exactamente, que la filosofía occidental se vuelva hacia las ideas de sumisión y no resistencia que el nuevo Oriente aspira a enterrar junto con la esclavitud colonial. Esto no significa que el capitalismo haya perdido su ser inquieto, que la sociedad burguesa, de acuerdo con la predicción de John Stuart Mill, se haya transformado realmente en la antigua China, patriarcal e inmóvil. De hecho, el papel histórico de la burguesía bajo esta toga conservadora sigue siendo cada vez más destructor. Entre los diversos elementos componentes del moderno sincretismo ideológico, que expresan el programa de la "civilización occidental", lo que más resalta es la abierta preferencia por todo lo irracional, lo demoníaco; los variados intentos de destacar y desarrollar todo lo inco-

herente de los viejos tiempos, todo lo inhumano, o, por el contrario, lo pasado de sazón, lo inarmónico en el arte anterior. El retrato de la cultura mundial que trazan los mandatarios espirituales de la sociedad clasista en esta hora siniestra de su existencia, resulta deformado, contrahecho, propicio más bien a inspirar la revuelta confusa contra las bases elementales del espíritu social que a contribuir a su conservación y desarrollo. Hace ya más de medio siglo que esa orientación es predominante en el pensamiento burgués, tanto en filosofía como en ética y arte. Puede decirse, incluso, que junto al mundo clásico de las grandes creaciones del pensamiento y del sentimiento nació un extraño sistema de valores inversos, puestos en circulación y casi consagrados oficialmente.

La tragicomedia de la actual cultura burguesa puede entenderse como resultado de la crisis general del capitalismo y del traumatismo psicológico que han sufrido generaciones enteras. Pero en tanto que programa consciente no testimonia más que la incapacidad del viejo mundo para dominar el desarrollo contemporáneo de las fuerzas espirituales. En este terreno, el régimen social vuelto hacia el pasado no puede ofrecer más que un sucedáneo reaccionario de la verdadera renovación de la cultura mundial.

Así están las cosas, si el destino del pensamiento burgués en el siglo xx se examina desde el ángulo teórico. En la práctica, el problema es más complicado. Si la moderna ideología burguesa coincide completamente, en cuanto a sus resultados, con los intereses de la clase capitalista reaccionaria, no puede olvidarse que bajo el poder de esta ideología viven todavía, en la actualidad, millones de personas. La conciencia de estos seres es burguesa, pese a sus propios intereses, por la simple razón de que toda su situación existencial les impone las

representaciones burguesas. Pero también es indudable que, por su parte, pueden introducir en dichas representaciones un contenido distinto, democrático. Por ejemplo, aunque el catolicismo actual es uno de los instrumentos más peligrosos de la reacción burguesa, no puede considerarse todo católico, ni siquiera todo escritor de orientación católica, como reaccionario. Entre los creyentes hay defensores activos y sinceros de la democracia, capaces de participar en la lucha social. Sería vacuo dogmatismo pensar que las grandes masas pueden elevarse a la conciencia revolucionaria únicamente por la línea recta de la ilustración comunista. No sabemos, ni podemos saber por anticipado, por qué vía uno y otro escritor, o artista, llega a comprometerse en la lucha democrática. De aquí no se deduce, en absoluto, que sea admisible la conciliación con la reacción filosófica y estética, ni siquiera en los más insignificantes matices. Se deduce únicamente, que junto con la crítica intransigente de la ideología burguesa, y de cualquier intento revisionista de renuncia a los principios de la teoría comunista, el pensamiento marxista debe proceder con inmensa flexibilidad, apoyar todo brote de ideas progresistas, toda investigación honesta de la verdad, incluso cuando tiene lugar en el marco general del pensamiento burgués. Los enemigos del marxismo no pueden afirmar que esta exigencia es sólo un recurso táctico. Se desprende, por el contrario, de la dialéctica revolucionaria, la cual no admite el examen formalista de las ideas, sin análisis concreto de su verdadero contenido social.

Esto es particularmente importante en relación con la ciencia contemporánea. Su situación en el marco de la cultura burguesa es cosa aparte. Incluso en los períodos más reaccionarios, comenzando por la contrarrevolución religiosa de los siglos XVI y XVII, el progreso de las cien-

cias exactas no se paralizó. Las ciencias naturales y la técnica están demasiado estrechamente conectadas con la producción, sus éxitos abren grandes posibilidades al incremento de la riqueza social, y, consiguientemente —dentro de determinadas condiciones— al enriquecimiento de los capitalistas. De ahí que el interés egoísta de la clase dirigente no levante ante ellas obstáculos semejantes a los que opone, por ejemplo, al desarrollo de la teoría de la sociedad y de la filosofía materialista. En este aspecto las ideas reaccionarias de la burguesía son impotentes para cambiar cosa alguna. En sus tendencias fundamentales el desarrollo de las ciencias naturales es hostil a la religión y a toda forma mística de representación social. Al ser ilimitado por naturaleza, este desarrollo ofrece a cada especialista mil posibilidades de convercerse que la anarquía de la producción es un obstáculo a la cooperación de los científicos, que los intereses de las firmas capitalistas entorpecen el amplio planteamiento de las investigaciones, etc. No sin razón el apoyo estatal y la organización planificada de estas investigaciones en la Unión Soviética despiertan el interés de los hombres de ciencia de los países capitalistas. Por otra parte, si se separan del pensamiento filosófico avanzado, las ciencias naturales se ven abocadas a crisis internas, sobre todo en una época en que los grandes descubrimientos científicos y la utilización de nuevos métodos de investigación —que exigen una enorme potencia de abstracción— crean por sí mismos problemas difíciles, y pueden servir, por paradójico que ello parezca, de motivo peculiar para la aparición de ideas erróneas. Situación tan compleja crea condiciones favorables para la difusión del llamado idealismo físico, para la alianza antinatural de la ciencia y la religión, estimulada por la clase dominante. A cada paso se comprueba la exactitud del análisis leninista de

la revolución en las ciencias naturales y de los "costos de producción" ligados a aquélla. Con tanta mayor razón es grande la necesidad de que el marxismo preste ayuda teórica y moral al pensamiento científico en todos los dominios de su multifacética actividad creadora.

Cualquier esfera del pensamiento social, del arte y de la ciencia, puede servir de campo de lucha por el espíritu de los hombres, de campo de lucha entre las dos ideologías. En nuestro tiempo, la ideología burguesa es una fuerza reaccionaria, que posee todavía numerosos medios de ejercer su influencia, no sólo técnicos sino morales. Está dirigida, ante todo, contra el comunismo, y en su confuso caudal lleva no pocas ideas dañinas, hostiles al contenido humanista de la cultura mundial, y peligrosos para la salud moral de la humanidad contemporánea. Así, por ejemplo, las ideas de desigualdad racial, la prédica de la guerra, etc. La victoria sobre este tumor de la civilización del siglo XX depende ahora de los éxitos del comunismo. El aliado espiritual de éste es la rica herencia clásica de las culturas precedentes, en combinación con el rápido desarrollo de la ciencia moderna.

Bibliografía

Marx y Engels.—*La ideología alemana*. Ed. Pueblos Unidos, Montevideo.

Marx y Engels.—*Manifiesto del Partido Comunista*. En *Obras escogidas* en dos tomos, en español. Ed. Progreso, Moscú, T. I.

Marx.—*Contribución a la crítica de la economía política*. Marx y Engels, *Obras*, 2a. ed. rusa, t. 13.

Marx.—*El Capital*. FCE. México, 2ª. ed.

Marx.—*Teorías de la plusvalía* (4o. libro de *El Capital*). Moscú, 1955. Ed. española con el título "*Historia crítica de la teoría de la plusvalía*", FCE, México. 1945.

Engels.—*Anti-Düring*. Ed. Grijalbo, 1964, México.

Lenin.—*Acerca del llamado problema del mercado*. Obras, 4a. ed. rusa, t. 1.

Lenin.—*Acerca de la caracterización del romanticismo económico*. Idem, t. 2.

Lenin.—*El imperialismo, fase superior del capitalismo. Obras escogidas* en tres tomos, en español. Ed. en leng. ext. Moscú. T. 1

Lenin.—*El imperialismo y la escisión del socialismo*. Obras, 4a. ed. rusa. t. 23.

Lenin.—*La catástrofe que nos amenaza y cómo combatirla*. Ed. citada de las *Obras escogidas*, en español, t. 2.

Lenin.—*El estado y la revolución*. Idem.

Programa del PCUS, 1961. Incluido en "*El camino del comunismo*". (Documentos del XXII congreso del PCUS.) Ed. en español, Moscú. 1961.

Jruschov.—"Sobre el programa del PCUS". Idem.

Jruschov.—"Informe al XXII congreso del PCUS". Idem.

Jruschov.—"Por nuevas victorias del movimiento comunista internacional". Moscú, 1961. Ed. rusa.

Documentos de la Conferencia de representantes de los Partidos Comunistas y Obreros. Moscú, noviembre de 1960.

Arzumanian A. A.—*Nueva etapa de la crisis general del capitalismo*. Moscú, 1961. Ed. rusa.

Böhm-Bawerk.—*Capital y ganancia*. Ed. rusa de 1909.

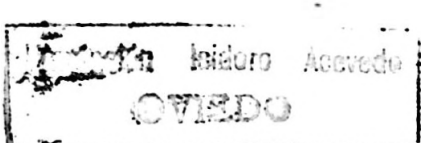
Bliumin I. G.—*Sobre la economía política burguesa contemporánea*. Moscú, 1958. Ed. rusa.

Varga, E. S.—*Problemas fundamentales de la economía y la política del imperialismo* (después de la II Guerra Mundial). Moscú, 1957. Ed. rusa.

Varga, E. S.—*El capitalismo del siglo* XX. Moscú, 1961. Ed. rusa.
R. Hilferding.—*Das Finanzkapital.* Wiener Volksbuchhandlug, Viena, 1923
Dalin S. A.—*El capitalismo militar-estatal monopolista en EE.UU.* Moscú, 1961. Ed. rusa.
Draguiliev M. S. y Rudenko G. F.—*Capitalismo monopolista.* Moscú, 1961. Ed. rusa.
D. Eton.—*Marx contra Keynes.* Moscú, 1958.
F. Lundberg.—*America's 60 Families.* 1937. The Citadel Press, Nueva York, 1946.
Leontiev, L. A.—*Contribución al estudio de "El Capital".* Moscú, 1961. Ed. rusa.
Rosa Luxemburgo.—*Die Akkumulation des Kapitals.* Berlín, 1913.
La acumulación del Capital, Ed. Grijalbo, México, 1967.
El capitalismo monopolista en EE.UU., después de la II Guerra Mundial. Moscú, 1958.Ed. rusa.
Motiliev, V. E.—*El capital financiero y las formas de su organización.* Moscú, 1959. Ed. rusa.
Fundamentos del marxismo-leninismo. Ed. en español. Moscú, 1963.
V. Perlo.—*El imperio de los magnates financieros.* Moscú, 1959. Ed. rusa.
Manual de economía política. Ed. Grijalbo. México, 1962.
Problemas del capitalismo contemporáneo. Selección de artículos. Moscú, 1959. Ed. rusa.
E. Chamberlin.—*The theory of monopolistic competition.* 1933.
H. Denis.—*Valeur et capitalisme.* París, 1957.
J. E. Goodbar and L. U. Bergeron.—*Creative capitalism.* Boston, 1948.
G. Lehemann.—*Marktformenlehere und Monopoliolitik.* Berlín, 1956.
J. Robinson.—*The accumulation of capital.* Londres, 1956.
J. Strachey.—*Contemporary capitalism.* Londres, 1957.

* * *

En este trabajo han colaborado, también, M. Volkov y M. Lifshits.



Este libro se terminó de imprimir el día 5 de sept. de 1968 en los talleres de **"La Impresora Azteca", S. de R. L.,** Avenida Poniente 140, Nº 681, Colonia Industrial Vallejo. — México, 16, D. F.

Fecha de edición: 12 de sept. de 1968.
Se imprimieron: 5.000 ejemplares.

124

COLECCION 70

[*viene de la primera solapa*]

18.—**Carlos Marx y los primeros tiempos de la Internacional**, Franz Mehring

19.—**Sindicalismo y marxismo**, Jorge Plejánov

20.—**Las raíces de la religión**, A. D. Sújov

21.—**La dialéctica en psicología**, Alberto L. Merani

22.—**Hombre y evolución**, John Lewis

23.—**Literatura, filosofía y marxismo**, Máximo Gorki-A. A. Zhdánov

24.—**Defensa y desarme**, Roger E. Bolton

25.—**Cómo hicimos la revolución de Octubre**, León Trotsky

26.—**La Ciencia**, B. M. Kédrov-A. Spirkin

27.—**Crítica de la filosofía del Estado de Hegel**, Carlos Marx

28.—**La Revolución Francesa**, Thorez-Duclós-Politzer-Peri

29.—**Manuscritos económico - filosóficos de 1844**, Carlos Marx

30.—**Recuerdos sobre Lenin**, Clara Zetkin

31.—**El incendio del Reichstag**, Jorge Dimitrov

32.—**El origen de la vida**, A. I. Oparin

33.—***El Capital* de Carlos Marx y El capitalismo**, G. Bagaturia-G. Ardaiev

34.—**Etica y progreso**, Howard Selsam

"el capital" de marx y el capitalismo

G. BAGATURIA
G. ARDAIEV

G. Bagaturia y otros eminentes filósofos y sociólogos soviéticos hacen en la obra *"El Capital" de Marx* un análisis sucinto y profundo de la monumental obra de éste, y en la historia de su creación analizan su contenido económico, la relación con la teoría del materialismo histórico, con los problemas de la economía científica, la lógica y los problemas de la estética.

Es, sencillamente, un trabajo extraordinario, de gran altura y al mismo tiempo escrito de forma asequible a los distintos sectores de estudiosos en estos tan interesantes problemas.

El volumen comprende, además, el trabajo de los sociólogos soviéticos G. Ardaiev, M. Volkov y M. Lifshics sobre el tema "El capitalismo", donde desarrollan un magnífico estudio respecto a la aparición del capitalismo, el capitalismo premonopolista y el monopolista. El último capítulo de este trabajo se dedican al tema "El capitalismo y la cultura burguesa", y exponen alrededor del mismo sus concepciones en cuanto a las contradicciones de la cultura burguesa, las formas de cultura correspondientes al modo capitalista de producción; analizan la época de auge de la cultura burguesa y abordan el interesante punto de la cultura nacional, la libertad y la democracia.

COLECCION 70